

4

REVISTA
MODERNA
DE MEXICO

1906

ZR - 3586

Revista moderna de México

ZR – 3586

Revista moderna de Méxi

ZR3586

AGENCIA ESPAÑOLA DE
COOPERACIÓN INTERNACIONAL
04 FEB 2010
BIBLIOTECA HISPANICA
Hemeroteca

UN AUTÓGRAFO

DE

SALVADOR DIAZ MIRON

A
Eduardo Valenzuela,
el eximio poeta.

Preliminar
de "Melancolias y Cóleras".

Al chorro del estanque abrí la llave;
pero a la pena y al furor no pude
ceñir palabra consecuente y grave.

Pretendo que la forma ceda y mude;
y ella en mi propio gusto se precave,
y en el encanto y en el brillo acude.

Afeites usa y enjoyada viene...
¡Sólo a esplender y a seducir aspira,
como en la noche y en el mar Selene!
¡Es coqueta en el duelo y en la ira
del supremo rubor!... ¡No en vano tiene
curvas y nervios de mujer la lira!

¡Qué mucho, pues? A encono y a quebranto
dejo el primor que les prendí por fuera;
y en la congoja y en la saña el canto
resulte gracia irónica y artera:
el iris en el glóbulo del llanto
y la seda en la piel de la pantera.

Salvador Díaz Mirón

ENERO DE 1906.

REVISTA MODERNA DE MEXICO



DIRECTOR, JESÚS E. VALENZUELA. CONSULTOR ARTÍSTICO, JESÚS URUYTA

LOS DESÓRDENES EN RUSIA

LA REBELIÓN DE LA FLOTA.

La nota sensacional de la información extranjera, ha sido la rebelión de una parte de la escuadra rusa del Mar Negro, cuya tripulación se ha levantado en armas contra sus jefes, convirtiendo en corsarios los buques, y bombardeando el puerto de Sebastopol, que ha sido parcialmente destruido. A este propósito, se recuerda la extraordinaria odisea de los marinos del navio «Kniaz Potemkin,» que han sido juzgados últimamente por una corte naval rusa, y que fueron los que iniciaron, en la marinería de dicha armada, la sublevación que hoy ha tomado tan grandes proporciones. Un cuartel-maestre del «Potemkin,» que tomó nota de los acontecimientos, acaba de publicar el siguiente manuscrito, que traducimos al pie de la letra.

*
*
*

¡Horror, horror! ¡Me parece que acabo de tener un horrible sueño, ó de asistir á la representación de un espantoso drama! Y, sin embargo, sé muy bien que no he

soñado, ni he estado en teatro alguno; lo que acabo de ver ha sucedido realmente; la narración de lo que he presenciado aparecerá mañana en la prensa del mundo entero, y pasará á la Historia.

Lo que he visto, es de tal manera horripilante, que las generaciones futuras lo recordarán con terror; lo que he visto, es más abominable aún que el asesinato de Alejandro y de Draga por los oficiales de su palacio: los desgraciados soberanos de Servia pudieron tal vez huir por las calles; con una poca de fortuna habrían escapado á los asesinos; pero la oficialidad de nuestro crucero que acaba de ser asesinada, no tenía puerto alguno de salvación, no tenía más que el mar y la muerte. . . .

¿Cómo ha sido ello? Inútilmente me hiero la frente con los puños crispados tratando de reanudar el hilo de los acontecimientos, pues siento que hay aún muchos puntos oscuros en este drama; siento que, á pesar de todo, hay en esta tragedia cosas que no comprendo, que no comprenderé jamás, que nadie comprenderá jamás. . . .

Es preciso, sin embargo, que fije mis ideas; si no escribiera hoy mismo la reseña de lo que he presenciado, mañana, tal vez, no podría referir cosa alguna, y quiero poder hacerlo. . . . Se me llamará, sin duda, en efecto, como testigo, y deberé hacer juramento de declarar la verdad; á fin de no equivocarme más tarde, voy á escribir la historia de la sangrienta jornada que acaba de pasar. . . .

Cómo principió la inmensa revuelta.

La carne podrida.

Esta mañana, al estar reparando mis ropas, vi á Kazlenko dirigirse hacia mí, con aire preocupado.

—¿Sabes lo que ocurre? me preguntó.

—No. ¿Qué hay?

—Sucede que la carne de la sopa está podrida; la he visto cuando se la compraba en la carnicería de Odesa; pululaban los gusanos; se ha querido otra vez hacer economías á costa nuestra; ó bien, tal vez, se nos quiere colmar la medida, para ver si les dejamos hacer! ¡Ah! ¡pero esta vez no quedarán las cosas así!

Nada respondí, y quedé reflexivo. ¡La carne llena de gusanos! ¡Sería posible! Se nos habían dado ya viveres descompuestos y pan duro; pero la carne hirviendo de gusanos, aquello no había ocurrido jamás.

Entretanto, acababa de sonar la hora de la comida; cuando estuve en medio de mis camaradas, con mi cuchara y mi carmañola, me apercibí de que reinaba una gran agitación; algunos marineros gritaban: «¡No comeremos esa podredumbre!» y arrojaban la sopa al suelo.

Entonces otros marineros les imitaron, y luego, arrebatando las carmañolas de nuestras manos, vertieron el contenido sobre el puente, gritando: «¡Es una vergüenza! ¡si nuestro padre el Tsar viera esta sopa, castigaria á los oficiales!»

Después de aquella explosión, reinó un gran silencio; el segundo comandante Galerowski, y un subteniente, acababan de presentarse.

—¿Qué ocurre? dijo el segundo comandante, ¿por qué está la sopa en el suelo?

—La carne con que se ha hecho esa sopa estaba podrida, dijo Kazlenko.

El segundo comandante no respondió palabra; se dirigió á la cocina, y subió luego á la cámara de los oficiales.

Yo tenía curiosidad de saber lo que iba á decir al comandante; me oculté cerca de la cámara, y de mi puesto de observación, pude ver y oír perfectamente; el segundo se había sentado en su puesto, y no comía.

Pensativo, observaba á sus camaradas risueños, sirviéndose, en copas de cristal, espumoso champagne.

—Galerowski, dijo el comandante Golikoff, ¿por qué no come Ud?. . . .

El segundo miró á su jefe en los ojos, y haciendo el saludo militar:

—¡Cómo es posible comer y beber, cuando hay en el acorazado ochocientos hombres que no comen!. . . .

Todos los oficiales se habían vuelto hacia Galerowsky, quien estaba pálido y tembloroso; uno de ellos, muy joven por cierto, golpeando la mesa con su copa de champagne, exclamó:

—¡Si no comen, que beban! Hay bastante agua para ellos en el Mar Negro.

La copa de cristal se rompió á estas palabras.

Galerowsky dijo entonces con dulzura: —Si esto continúa, seremos nosotros tal vez quienes bebamos el agua del Mar Negro.

El Comandante Golikoff, se levantó entonces de la mesa y llamó á Pogoisnetz, sargento mayor.

—Toma tu tambor, le dijo, y toca á reunión en el puente.

Pogoisnetz hizo lo que el Comandante ordenaba, y un instante después todos los hombres se hallaban sobre el puente, en filas, ante los oficiales.

Yo me encontraba cerca de Vakulenchouk, quien, muy bajo, me dijo:

«Ya verás como esto va á arder. Pero que no diga una sola palabra de más!»

El Comandante Golikoff levantó la voz:

—¿Por qué no tomáis la sopa? preguntó.

No obtuvo respuesta alguna.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Contestad! Quiero saber por qué no tomáis vuestra sopa, volvió á decir.

Entonces habló Galerowsky:

—No toman la sopa, porque se ha hecho con carne podrida.

Hubo un movimiento de aprobación en las filas.

Entonces el Comandante interrogó al Mayor Smirnoff:

—Mayor, preguntó, ¿es cierto que esa carne está podrida?

El doctor, saludando, respondió:

—Mi Comandante, esa carne está fresca y sana: jamás la he visto mejor.

Galerowsky le interrumpió:

—Siento en el alma contradeciros, pero yo mismo he visto esa carne cuando la llevaban á la cocina; pululaban los gusanos.

—Puede suceder que la hayáis visto así cuando llegó de Odessa, dijo el doctor; pero después la he hecho salar y lavar con agua de mar; y ha quedado buena, se la puede comer.

El Comandante levantó la mano.

—Basta con eso, dijo: cuando el Mayor dice que la carne es buena, buena es; los que quieran comer la sopa, pasen á la derecha; los que no la quieran, pasen á la izquierda. . . .

Lentamente, uno por uno, nos dirigimos hacia aquel lado, como á despecho nuestro, avergonzados de sométernos, des-

pues de lo que había osado decir el Mayor; pero el jefe había ordenado. . . .

¿Y qué harían con los que no pasaran á la derecha?

No quedaba más que una treintena de hombres que no se habían movido; tal vez iban á afiliarse en la derecha. . . . El Comandante levantó la voz:

—Basta, dijo. ¡Guardias, rodead á esos hombres!

En que el autor de estas notas nos hace asistir á una horrible carnicería.

Los marinos fueron á tomar sus fusiles, y volvieron á rodear á nuestros camaradas.

Entonces el Comandante hizo extender sobre el puente grandes telas blancas, diciendo en alta voz:

—Se va á fusilar á esos marineros; pero no hay para qué ensuciar el puente de sangre.

Efectivamente, se formó á los treinta marineros, y llegó un piquete de carabineros.

El Comandante dió la orden de fuego; pero los marineros, descansando sus armas en tierra, exclamaron: «No podemos matar á nuestros compañeros.»

El Comandante, volviéndose hacia Galerowsky, le dijo: «Ved á lo que han dado lugar vuestras palabras; habéis sostenido á esos marineros, y ahora, no obedecen más! . . . Sois causa de la insubordinación de nuestra marinería!»

Galerowsky, al oír estas palabras, mandó á su vez disparar.

En aquel instante, los cabellos en desorden, lívido, con los ojos fuera de la órbita, Matioutschenco, sargento mayor, subió al entrepunte, con un fusil en la mano, y, arrojándose sobre Galerowsky:

—¡Ah! ¡Ah! dijo, ¡vais á fusilar á esos

hombres! No hay, pues, ya bastantes cadáveres en los campos de batalla de Liao-Yang y de Moukden; no hay ya bastantes muertos en San Petersburgo y en Varsovia! ¡Todavía queréis asesinar inocentes! Y bien, basta! Queremos acabar con este régimen de atroz barbarie! Viva la Rusia libre! Marineros! Vosotros sois los más numerosos! En lugar de tirar sobre vuestros hermanos, tirad sobre los oficiales! Seréis los amos! Abajo la tiranía!

Galerowsky, enloquecido, había escuchado á Matioutschenco; y le contestó jadeante:

—Calla, desgraciado! Calla, ó se te fusila en el acto.

—Eres tú quien va á ser fusilado, gritó Matioutschenco, cargando su fusil.

Galerowsky, entonces, tomó su revólver, disparó sobre Matioutschenco y erró; un grito de dolor rasgó los aires; fué Vakulenchouk quien cayó herido.

Loco de dolor, Vakulenchouk se precipitó sobre Galerowsky, hiriéndole en la frente con la culata del fusil; en seguida se arrojó al mar.

Sus camaradas se precipitaron desde lo alto del puente y le salvaron.

Durante ese tiempo, Matioutschenco había gritado á Galerowsky:

—¡Asesino! ¡Asesino! Vakulenchouk era inocente; has tirado sobre él porque es partidario de la revolución; y bien, también yo estoy por la Revolución!

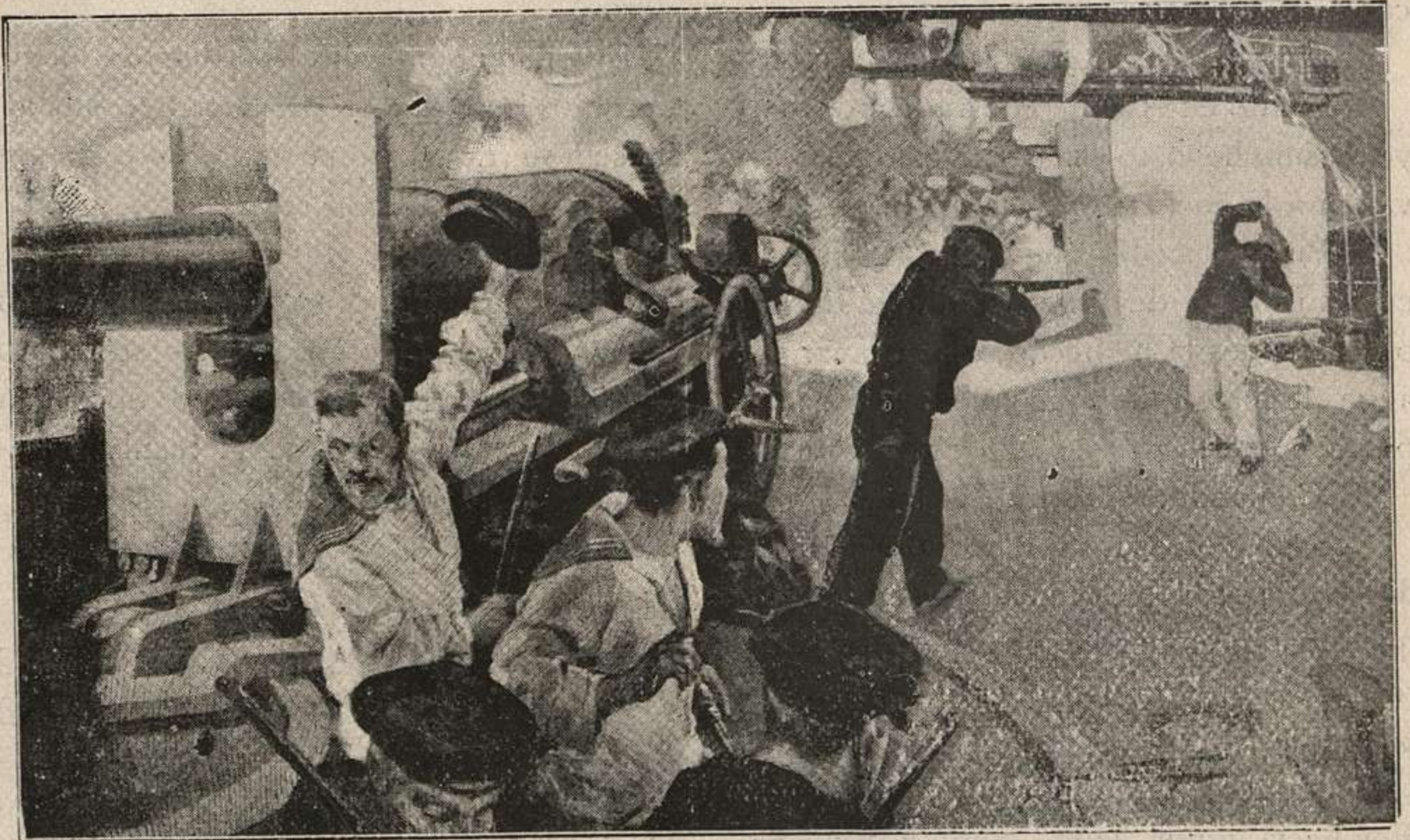
¡Vas á verlo! Ajustando su fusil, Matioutschenco apuntó á Galerowsky; el tiro salió; el segundo cayó por tierra, arrojando sangre á bocanadas.

Era un hecho: la señal de la revolución había sido dada.

Pogoisnetz ha arrojado su tambor al agua, gritando: ¡Viva la Revolución!

Matioutschenco fusila al capitán de artillería Nioupakoiof, y al insignia Livintsof. Otro marinero derriba á balazos á varios oficiales, entre ellos el electricista Thone.

En un momento el puente del navío se había convertido en campo de una terrible lucha cuerpo á cuerpo. La oficialidad se defendía con sus pistolas, atrincherándose tras de todos los montones de jarcias y demás objetos que podían resguardarles.



El primer disparo de la rebelión.

Matioutschenco se había dirigido con paso firme y resuelto á la cámara del Comandante Golikoff, quien se había escondido ahí, espantado, con el insignia Alexeif.

El Comandante, viejo de barba blanca, se puso de rodillas, temblando, é imploró á Matioutschenco.

—¿Qué vas á hacer? ¿Vas á dar muerte á un viejo como yo? No sabes lo que haces, estás loco. . . .

Matioutschenco repuso:

—Encomienda tu alma á Dios. . . .dentro de un instante habrás muerto. . . .

El Comandante se irguió; resuelto y ya tranquilo, se puso luego de rodillas é hizo la señal de la cruz. Era horrible asistir á aquel tribunal cuyo juez iba á ser igualmente ejecutor! El Comandante no había terminado aún de signarse, cuando cayó por tierra con el cráneo destrozado.

Matioutschenco subió al puente, y gritó:

—El Comandante ha muerto! ahora nosotros somos los amos!

Ante semejante anuncio, que encerraba en sí mismo todo un terrible programa, los marineros, enloquecidos, se interpelan, moviéndose de un costado al otro de la nave: algunos se volaron por sí mismos la tapa de los sesos, otros se arrojaban al mar; los oficiales, aterrorizados, se lanzan también por encima las bordas. . . .

Matioutschenco exclama: "Se dirigen á Odessa á denunciarnos, hay que matarles á todos. . . ." Entonces siguió una escena espantosa, de la que siempre conservaré un horrible recuerdo. . . . Los marineros se lanzaron á los mástiles, y de todas las alturas del navío empezó una atroz cacería sobre los fugitivos, que nadaban desesperados por alejarse del fatídico crucero! El mar empezó á teñirse de sangre en algunos puntos. . . .

Del torpedero 267 se nos hicieron se-

ñales, preguntando qué era lo que estaba pasando á bordo; luego se puso al torpedero en presión. Pogoisnetz hizo disparar dos tiros de cañon á blanco sobre él, y le hizo señal de que se aproximara.

Cuando el torpedero estuvo cerca de nosotros, se hizo subir á los oficiales á bordo, y se les arrestó; se arrestó, asimismo, á los oficiales que no habían sido ejecutados.

Uno de estos protestó.

—Si quieres tratar conmigo, le dijo Matioutschenco, despójate de tus galones y seamos iguales.

Luego, súbitamente, esta frase le sugirió una idea: hizo que se procediera á la degradación solemne de la oficialidad. Entre éstos hubo tres que arrancaron por sí mismos sus galones, exclamando: "Estamos de corazón con ustedes!"

Aquellos tres permanecieron á bordo; se conservó también á Alexeief, oficial querido por todos, y se le nombró, bien á pesar suyo, comandante del navío. Los otros oficiales fueron colocados en una chalupa y enviados á Odessa.

Después de esto nos reunió Matioutschenco sobre cubierta y nos dijo:

—Ahora vamos á declarar la guerra á todos los rusos que no estén por la libertad; los revolucionarios nos seguirán.

—Ah! exclamó Pogoisnetz, has olvidado que todos los marineros de la escuadra del mar Negro debían sublevarse el mes de Agosto? pero no se ha dado aún la señal á todos; has comenzado demasiado pronto; nadie nos seguirá.

—Lo hecho, hecho está, no podemos volvernos atrás, dijo Matioutschenco, quien se puso á cantar el refrán de la "Internacional:"

C'est la lutte finale
Levons-nous, et demain
L'Internationale
Sera le genre humain!

Algunos grumetes acompañaron al cantante, á la sordina, y, aquellos cantos á media voz, tras las sangrientas escenas á que habíamos asistido, producían un efecto lúgubre. . . .

Kaztlenco, en medio de los cantos, se aproximó y dijo simplemente:

—Vakulenchouk ha muerto. . . .

Matioutschenco replicó:

—Descanse en paz, ya está vengado! . . .

Y esa fué la oración fúnebre del pobre Vakulenchouk.

Continúa la matanza.

Un navío tripulado por locos

No he pegado los ojos durante toda la noche. . . . Se hacía un ruido infernal á bordo. . . . Pero tal vez, á pesar de ello, hubiera podido yo reposar un momento, sí, si no hubieran sucedido aquellos horrores. . . .

Los oficiales! los oficiales ejecutados han sido cogidos por los pies y arrojados al mar, sin una piedra!

Y ha continuado la matanza!

Por lo pronto, se ha destrozado á Smirnoff, el Mayor; este desgraciado, único culpable tal vez en este asunto, estaba aterrado por la rebelión; cuando empezaron las ejecuciones, le ví escurrirse demudado, y había descendido á su camarote; sabía muy bien que no encontraría gracia, y, con un golpe de bisturí, se hizo el "karakiri," abriéndose el vientre; pero su agonia fué larga, y el estertor muy fuerte; se le oyó; veinte marineros á la vez se lanzaron hacia su camarote, y, reconociéndole, exclamaron:

—Este es la causa de todo! A muerte! destrocémosle!

Otra pesadilla! aquella ejecución fué espantosa! el desgraciado moribundo fué sacudido á puntapiés, se le machacó, y

luego se le arrojó al mar; en el momento en que caía al agua, noté que uno de sus brazos acababa de desprenderse de su destrozado cuerpo!

También el Pope ha sido asesinado! El infeliz se había ocultado dentro de un armario! Pero Matioutschenco, quien á la hora de las ejecuciones le había buscado inútilmente, encontró al fin su pista y se dirigió hacia el escondite. El Pope, al verle, oprimió contra su pecho su gruesa cruz y murmuró algunas oraciones. . . . Matioutschenco le puso el cañón de su pistola contra la frente y disparó. . . . el cráneo voló en pedazos y la sangre brotó á borbotones. . . . en un instante quedó tinta de rojo la túnica del infeliz!

Esto es abominable!

En la cámara de los oficiales, sobre un catafalco improvisado, se colocó el cuerpo de Vakulenchouk, y los marineros se han puesto á orar cerca de él.

Luego se han puesto las máquinas en presión, y nos hemos dirigido á Odessa.

En el puerto, Matioutschenco ha enviado una embarcación al muelle, en demanda de pan, de tabaco y de carbón; al mismo tiempo se anunció que Vakulenchouk había sido muerto por los oficiales. .

Los obreros del puerto han dado lo que se les pedía; y han prometido, además, hacer solemnes obsequios á nuestro pobre Vakulenchouk.

En la tarde, hizo Matioutschenco izar la bandera roja sobre el acorazado; y se ha saludado á la bandera á los acordes de la "Marsellesa."

Ha llegado la noche. . . .

Matioutschenco recorre el puente del navío, gritando que el reinado del Tsar va á terminar; que el trono de los Romanoff se hundirá entre la sangre. En algunos momentos se expresaba en un lenguaje que no conozco; era tártaro ó japonés?

Japonés.... ¿Será, por ventura, japonés este foragido? Jamás nos ha dicho dónde nació, ni dónde están sus padres.... Y se asemeja á Kuroki.... ¡Si fuera japonés! ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! ¡Pero entonces! ¡Pobre Rusia! ¡Esto sería insensato!... ¡Después de Tsoushima, el Mar Negro!.... Un solo japonés habría, pues, tomado el «Potemkin!» ¡Pero es esto posible?

No he podido dormir....

Ahí estaba Nikishkine, que no cesaba de gritar: «He ahí á Cristo que viene hacia nosotros. ¡De rodillas!» Y se arrodillaba.

También estaba Pogoisnetz, con su rostro picado de viruela, quien lloraba y decía:

—¡Vamos á ser cazados por la escuadra: vamos á morir!....

Y, sobre todo, los marineros embrutecidos, que no comprendían nada de todo lo ocurrido, y que, espantados, oprimían su fusil contra el pecho, exclamando:

—Los japoneses van á venir. Hay que defender al Emperador....

No he podido dormir.... Sobre el puente, cerca del lugar mismo donde yo estaba acurrucado, había enormes manchas de sangre, y mis ojos no podían separarse de ellas....

Insensatas ideas de los foragidos libres en el mar

Navego á bordo de un navío tripulado por locos.

¿Os formáis una idea de ello? ¡Un navío dirigido por locos!.... Una especie de buque fantasma que navega al acaso en la inmensidad de las aguas.... Cuando un tren es conducido por un maquinista loco, se corre el peligro de un descarrilamiento, de un choque; hay muertos, pero puede haber quien escape.

A bordo de un navío dirigido por locos, sometidos á un loco, todos los marineros están amenazados de muerte, todos pueden perecer, el loco puede hacer volar el navío. Un cerillo, una mecha.... Y volamos.... No han puesto aún el fuego á la mecha, pero han hecho cosas peores.

Los estudiantes han subido á bordo, con los obreros y sus mujeres; han excitado á Matioutschenco y sus camaradas: éstos no tenían necesidad de ello.

Se ha izado el piano al puente, y un estudiante ha tocado un trozo de música de Tschaikowsky: «Momentos trágicos,» qué irónica elección! ¿Será posible que se haya escogido este trozo expresamente?

Se ha bailado después, y se ha cantado. El cuerpo de Vakulenchouk permanecía entanto expuesto en Odessa....

A las dos y media, se le condujo á tierra, en medio de un cortejo inmenso.

Cuando regresaron del cementerio, los estudiantes rusos han subido á bordo del «Potemkin,» y han dicho á Matioutschenco:

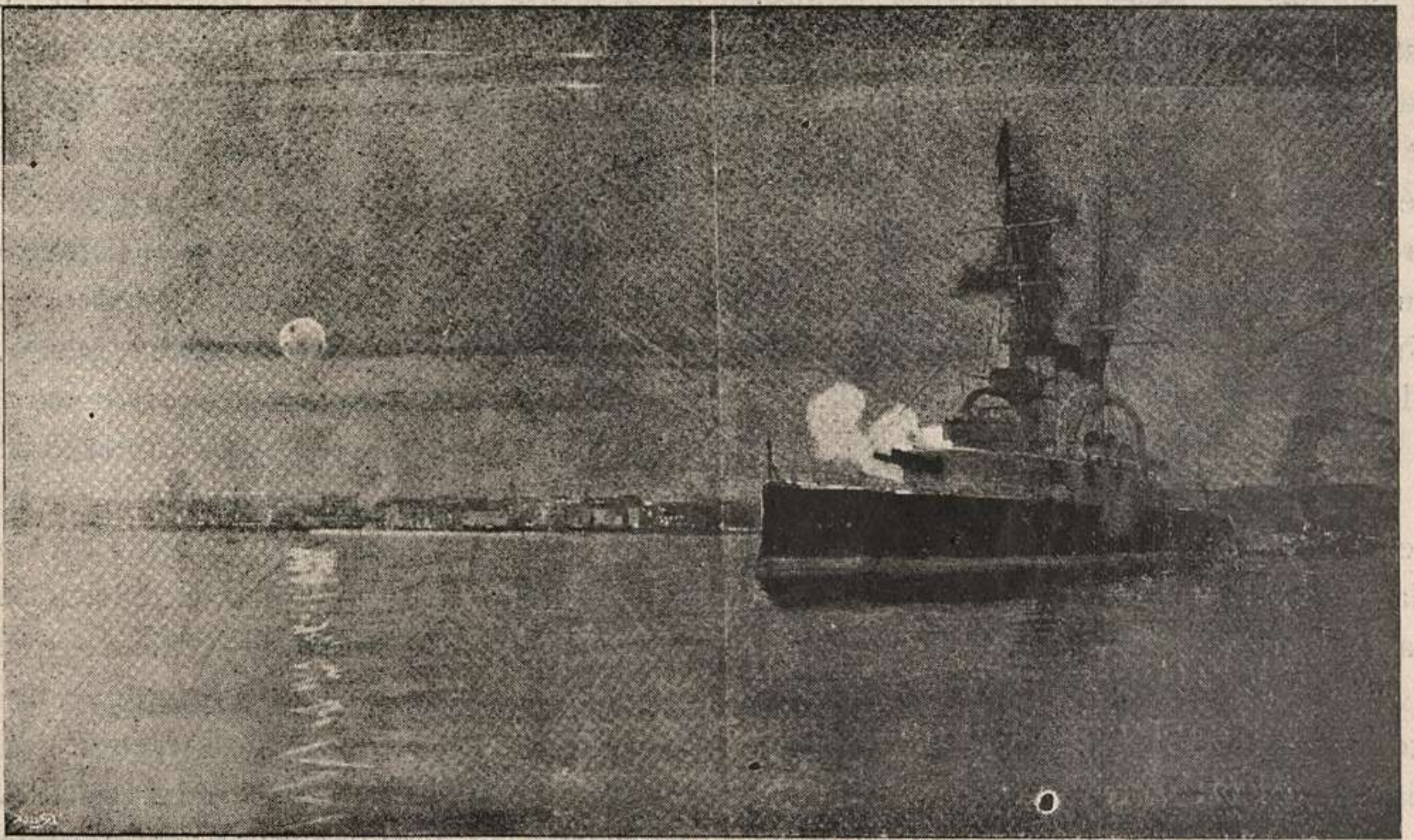
—Ahora, hay que bombardear Odessa. Se tiró sin bala contra Odessa; pero los estudiantes descontentos, exigieron que se tirara con verdaderos obuses.

Matioutschenco, con una botella en la mano, bendijo el cañón.

Entonces se dispararon dos obuses de ejercicio contra el Círculo Militar; dos casas fueron demolidas.

La noche ha transcurrido aún en medio de angustias.... Nadie ha dormido, con excepción de un marinero que se llama Ossip Kisselof, quien está persuadido de que todo lo ocurrido en el «Potemkin,» ha sido ordenado por el Emperador.... y que no cesa de gritar: «¿Estará contento nuestro padre el Tsar?....»

¡Cuando os digo que estoy entre locos!....



Bombardeo de Odessa.

Anoche nos reunió Matioutschenco, y nos dijo:

«La escuadra del Mar Negro va probablemente á venir á nuestro encuentro: nada temáis; los marineros, nuestros hermanos, desobedecerán á sus oficiales si éstos les ordenan tirar sobre nosotros. Pero nosotros tenemos que lanzar por lo menos un obús en su dirección; nuestros hermanos deben, en efecto, rebelarse como nosotros; pero esperan una señal; esa señal, será el disparo de cañón; cuando yo os ordene tirar, no vaciléis; disparando, daréis la señal de la libertad de Rusia!»

Pogoisnetz habló también, y dijo:

«Evidentemente, no deberíamos habernos sublevado antes del día indicado; deberíamos haber esperado que toda la escuadra estuviera con nosotros; en fin, lo hecho, hecho está; no hay que volverse hacia atrás; vamos hacia adelante; pero trabajemos con el cerebro, y no como lo-

cos; trabajemos por la libertad de nuestra patria.»

El estudiante Kisila, que se había quedado á bordo, así como otro estudiante llamado Wanoff, dijo también algunas palabras; habló de libertad, de igualdad, de fraternidad; nos afirmó que los socialistas de Ginebra nos enviarían pronto socorros en dinero y en víveres, y que no deberíamos ceder ante los oficiales de la escuadra, si nos mandaban que nos rindiéramos.

Después de esto, Matioutschenco y sus amigos cantaron el «Internacional.»

Repentinamente, un vigía ha señalado la presencia de navíos rusos, que cambiaban mensajes por telegrafía sin hilos. Hemos interceptado esos telegramas, y así hemos sabido la llegada de la escuadra.

Matioutschenco, hizo inmediatamente ocupar los puestos de combate y los de observación.

Al amanecer, fueron avistados cuatro navíos de guerra, y seis torpederos.

Se nos hicieron señales:

—¿Qué hacéis? Sois unos locos ó unos chiquillos; estaos quietos, ó vamos á daros caza.

Matioutschenco hizo que se contestara:

—Bien, Almirante, si tenéis consejos que darnos, venid á bordo.

Después de esto, ha desaparecido la escuadra en el horizonte.

Eran el enemigo, aquellos navios rusos, aquellos navios llenos de hermanos nuestros; eran el enemigo, al mismo título que los buques japoneses. . . . Y, sin embargo, su partida me ha hecho la impresión de quedar en algún doloroso y desesperado abandono, del que no saldremos jamás.

¡Dios mío, Dios mío! ¿Cuál es, pues, la suerte que reserváis á vuestros pobres hijos?

Los marinos del "Pobiedonostsef" se unen á los del "Potemkin."

Este día ha sido horrible; casi no teníamos que comer; pan negro y carne seca, era todo. No teníamos agua; los marineros han ido á pedir á Matioutschenco autorización para desembarcar y rendirse á las autoridades de Odessa; Matioutschenco ha rehusado; se ha librado una batalla entre sus partidarios y sus enemigos; ha habido nueva carnicería, con heridos y muertos!

La noche ha transcurrido en un silencio trágico: nadie ha dormido á bordo; cada quien vigilaba á su vecino, temiendo ser asesinado durante el sueño! . . .

A la mañana siguiente ha aparecido de nuevo la escuadra rusa; venia reforzada con cinco acorazados, cuatro contra-torpederos y siete torpederos.

El «Potemkin» ha encendido sus fuegos y ha hecho señales de que si la escuadra avanzaba, se tiraría sobre ella.

La escuadra ha avanzado, no obstan-

te. . . . Aquellos fueron momentos de angustia incomparable. ¿Qué iba á ser de nosotros, en una lucha tan desigual?

Entonces Matioutschenco ha dado la señal de fuego.

La marinería no ha obedecido; ha dicho:

«Esperemos que ellos tiren primero; si nos cogen, hacen volar el acorazado.»

Y Matioutschenco ha permanecido en el puente, sombrío, apoyado en un mástil, lleno de pensamientos terribles, á la vez que de furia y resignación. . . . Miraba, con ojo en que brillaban relámpagos, la numerosa tripulación y el inmenso navio que le estaban sometidos, y, sin embargo, no le obedecían. . . .

Entonces se hicieron algunas evoluciones; la escuadra nos ha rodeado, hemos roto el círculo; se nos ha rodeado de nuevo, cuando el «Pobiedonostsef» se ha acercado al «Potemkin» y sus marinos nos han gritado: «¡Hurra! ¡hurra! ¡Estamos con ustedes!»

La escuadra ha desaparecido entonces, y el «Pobiedonostsef» ha permanecido cerca de nosotros.

Matioutschenco ha temido un lazo.

Ha hecho señal al «Pobiedonostsef»: «Enviadme á vuestra oficialidad y unámonos.»

Los marineros del «Pobiedonostsef» nos han obedecido; han degradado á sus oficiales, y se ha desembarcado á algunos de ellos en la playa; á otros se les puso presos en los camarotes.

La escuadra, á lo lejos, ha teleografiado: —¿Qué intenciones tenéis?

Y hemos respondido:

—Si queréis saberlo, venid.

Un torpedero se ha destacado de la escuadra, y se ha dirigido hacia nosotros; parece que el Pope se halla sobre el puente.

El torpedero, aun antes de que se hubieran trabado los «pourparlers», ha virado de bordo y se ha marchado.

Esta vez ha desaparecido definitivamente la escuadra.

*
* *

Hemos estado á punto de batirnos con el «Pobiedonostsef.» La marinería de este navio estaba, en efecto, en mayoría contra la revolución; hicieron entrar el acorazado en el puerto de Odessa, y se rindieron á las autoridades.

Matioutschenco quiso que se tirara sobre el «Pobiedonostsef;» los marineros han desobedecido también esta orden.

Furioso, Matioutschenco ha exclamado:

—Después de todo, si no quieren seguirnos, dejémosles; no se puede obligar á ser libres á hombres que quieren ser esclavos. . . .

Los revolucionarios se han reunido en la cámara de los oficiales, y han decidido conducir el acorazado á Constantza, Rumania.

Y navegamos hacia Constantza.

Esta mañana hemos exigido carbón á un navio de comercio.

Espantado por un disparo de cañón sin bala, el navio en cuestión nos ha dado una parte de su cargamento de combustible.

Antes de dejar Odessa, Matioutschenco ha hecho circular en la ciudad una proclama revolucionaria, de lo que no hemos tenido conocimiento.

El «Potemkin» no se rinde y sale de Constanza sin disparar un cañonazo.

Las autoridades rumanas nos han ofrecido hospitalidad, si accedíamos á rendirnos; y nos han rehusado víveres y carbón si no nos rendíamos.

Matioutschenco ha preguntado á los

oficiales rumanos si los marineros serian entregados á Rusia.

Los oficiales han dado su palabra de que no se concedería la extradición.

Pero Matioutschenco ha olfateado un lazo, y no ha querido firmar la capitulación demandada.

Después de haber dejado en Constantza una nueva proclama, que nos es tan desconocida como la primera, el «Potemkin» ha vuelto á tomar el largo.

Vamos, pues, sobre el mar infinito, ¿hacia qué espantoso destino? ¿Cuántos días, cuántas horas durará esta libertad robada á costa de tantos crímenes?

¿Qué se pensará de nosotros? ¿Qué se dirá de este buque fantasma que se pasea en el Mar Negro, sin oficiales, sin destino, no sabiendo á dónde le llevarán los locos que se hallan en el timón?

¡Y el torpedero 267 nos sigue siempre! ¡Más bien debería precedernos, como un perrillo precede á un ciego!

*
* *

No se duerme, no se come; nos vigilamos los unos á los otros; de momento á momento se espera una batalla entre los partidarios de Matioutschenco y los adversarios del energúmeno.

Esta mañana, paseándome sobre el puente, encontré, ¡horror! en un rincón un dedo ensangrentado, rodeado por una sortija de oro: ¡una alianza!

¿Dónde estará la joven prometida que guarda la hermana de esta sortija? ¡Que llore todas las lágrimas de sus ojos! ¡Su prometido no volverá!

*
* *

Mientras me ocupaba de escribir, en un

camarote, Matioutschenco vino hacia mí y me dijo:

—«Tú escribes tus recuerdos. . . . No lo niegues. Ya lo sé. . . . Y bien, escribe que has visto á Matioutschenco llorar porque siente que es más difícil persuadir á un hombre de que la libertad es necesaria, que perforar la roca con un túnel!»

Me volví, y vi que, en realidad, Matioutschenco lloraba. . . .

*
* *

Anoche hemos llegado á Theodorie; por la mañana se ha dirigido hacia nosotros una pequeña chalupa; estaba tripulada por el prefecto, un médico y un periodista.

El médico ha atendido á algunos marineros enfermos; luego nos ha preguntado el prefecto qué era lo que queríamos.

—Patatas, carne, cuatro bueyes vivos y carbón —ha respondido Matioutschenco.

—Veremos lo que se puede hacer —repuso el Prefecto.

Una hora más tarde, Matioutschenco destacó una chalupa á tierra, á fin de saber la resolución del Prefecto.

Cuando la chalupa estuvo á la vista, los cosacos hicieron fuego sobre ella, y mataron á Nikishkine, á Ivanof y á Ivanowitch; además, hirieron á siete compañeros.

Matioutschenco ha querido vengarse tirando cañonazos sobre Theodorie; tampoco esta vez han querido obedecerle los marineros. A las once, hemos partido para Constantza, adonde vamos á negociar la rendición del acorazado.

A lo menos, es lo que me ha dicho Pogoisnetz.

Pero de aquí á Constantza, el camino es largo; y ¡cuando no se tiene mucho carbón y se alimentan las máquinas con agua de mar!

¿No iremos á encontrar en el camino una

escuadra rusa que nos bombardeará?
¡Dios nos tenga en su gracia!

*
* *

Esta noche se han batido aún los marineros; Matioutschenco, sin voluntad alguna, lloraba.

Le he oído murmurar:

—Qué se va á hacer, con tales hombres?

*
* *

¡Se ha acabado! ¡Henos en Rumanía! ¡Al fin dejamos el «Potemkin!» ¿Era esto lo que deseaba Matioutschenco? Llegamos á Constantza durante la noche; el comandante del puerto ha subido á bordo, y las negociaciones han comenzado desde luego.

Un doctor búlgaro, llamado Rakowsky, ha venido á encontrarnos, y nos ha aconsejado rendirnos, asegurándonos que no se nos entregaría á los rusos.

En fin, Matioutschenco ha exclamado: «¡Y bien! ¡está bien, nos rendimos!»

A estas palabras siguió la orden de hacer nuestras maletas y desembarcar.

A nuestra llegada al muelle, la muchedumbre nos ha aclamado.

¿Por qué? ¿Por qué, Dios mío?

Una hora después del desembarque, Pogoisnetz nos ha distribuido ochenta francos á cada uno.

Un armenio me ha dado un viejo traje todo roto, á cambio de mi uniforme.

Un vendedor de frutas me ha tomado como mozo de su tienda; me da alojamiento y comida, mas tres francos por día.

*
* *

Acabo de asistir á la partida del «Potemkin;» y me ha parecido que mi patria

se va, lejos de mí, para siempre. y he llorado amargas lágrimas.

yo para marchar á ese país de libertad?.... No tengo dinero; y si mis padres me lo enviaran, se quedaría en la frontera.

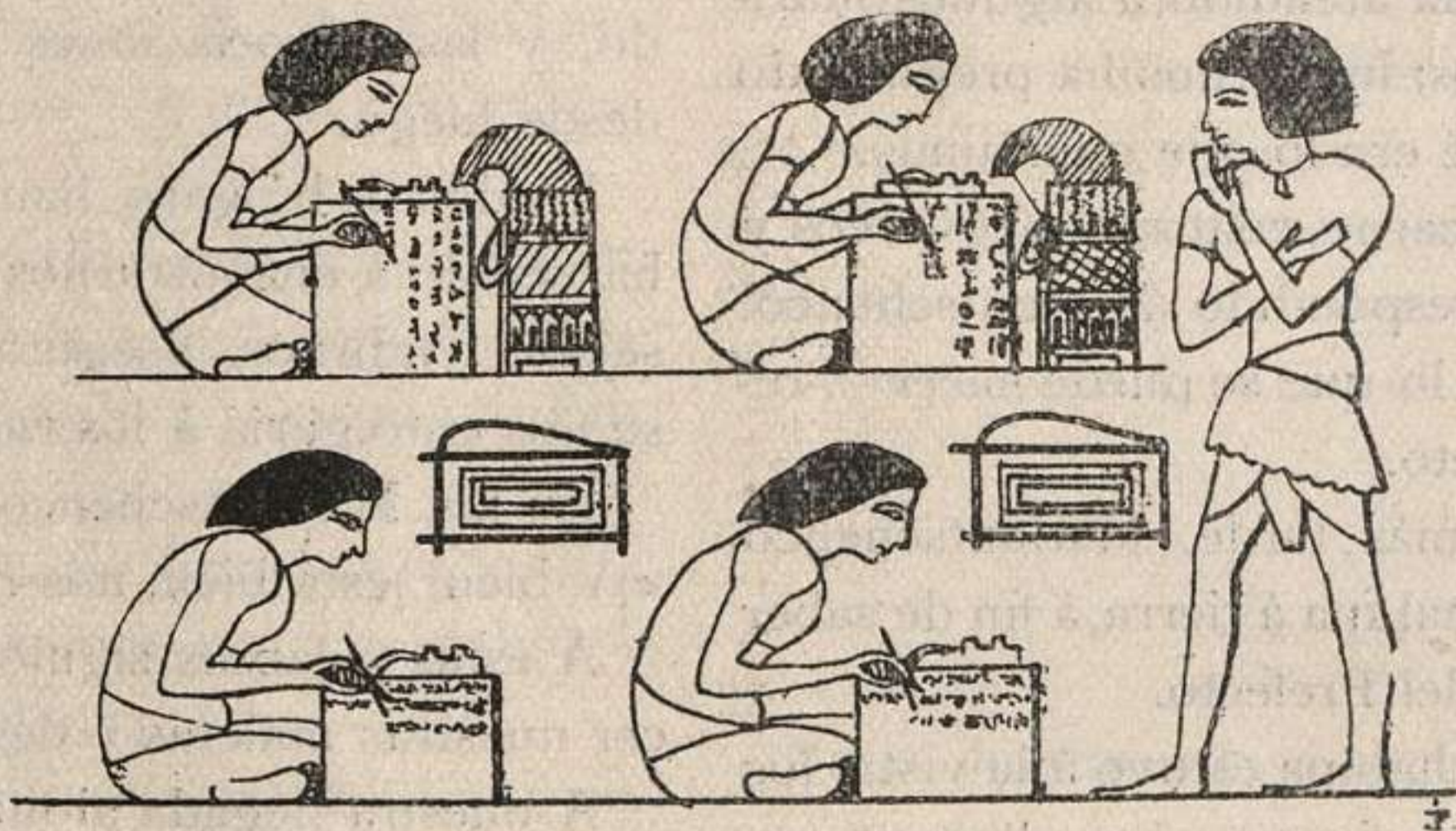
¡Así, pues, estoy condenado á vegetar en suelo extraño! ¡Oh! ¡Mi pobre «Potemkin!» ¡Qué buena era tu mala sopa!

*
**

Matioutschenco ha partido para Ginebra; irá, tal vez, á Francia; ¿cómo haría

UN CUARTEL-MAESTRE

DEL «POTEMKIN.»





VIEJA LLAVE

Esta llave cincelada
 que en un tiempo fué, colgada,
 (del estrado á la cancela,
 de la despensa al granero),
 del llávero
 de la abuela,
 y en continuo repicar
 inundaba de rumores
 los vetustos corredores;
 esta llave cincelada,
 si no cierra ni abre nada,
 ¡para qué la he de guardar!

Ya no existe el gran ropero,
 la gran arca se vendió,
 sólo en un baúl de cuero,
 desprendida del llavero,
 esta llave se quedó.

Herrumbrosa, orinecida,
 como el metal de mi vida,
 como el hierro de mi fe,
 como mi querer de acero,
 ¡esta llave sin llavero
 nada es ya de lo que fué!

Me parece un amuleto
sin virtud y sin respeto;
nada abre, no resuena:
me parece un alma en pena.

Pobre llave sin fortuna
...y sin dientes, como una
vieja boca; si en mi hogar
ya no cierras ni abres nada,
pobre llave desdentada,
¡para qué te he de guardar!

Sin embargo, tú sabías
de las glorias de otros días:
del mantón de seda fina
que nos trajo de la China
la gallarda, la ligera
española nao fiera.
Tú sabías de tibores
donde pájaros y flores
confundían sus colores;
tú de lacas, de marfiles
y de perfumes sutiles
del *bon vieux temps*; tu cautela
custodiaba la canela,
el cacao, la vainilla,
la suave mantequilla,
los grandes quesos frescales
y la miel de los panales,
tentación del paladar;
mas si hoy, abandonada,
ya no cierras ni abres nada,
pobre llave desdentada,
¡para qué te he de guardar!

*
* *

Tu torcida arquitectura
es la misma del portal
de mi antigua casa obscura,
(que un día de premura
fué preciso vender mal).

Es la misma de la ufana
y luminosa ventana
donde Inés, mi prima y yo,
nos dijimos tantas cosas
en las tardes misteriosas
del buen tiempo que pasó....

Me recuerdas mi morada,
me retratas mi solar;
mas si hoy, abandonada,
ya no cierras ni abres nada,
pobre llave desdentada,
¡para qué te he de guardar!

Noviembre de 1905.

AMADO NERVO.





Monumento á Canova. Venecia.— Chiesa de'Frari. (Ed^{ne}. Alinari).

UNA TARDE DE OTOÑO.....

SÉPTIMO CUENTO.

(Del último libro de Ugarte).

Nada más fácil de comprender que las razones por las cuales D. Gonzalo Fernández de Salazar formaba parte de la expedición que, en virtud de una ordenanza firmada por Carlos V, organizó D. Pedro de Mendoza. Lejos de ser un maestro de campo como Fernández de Ludeña, un alférez general como Juan Osorio, un capitán de la guardia como Gilaz de Medrano, ó un alguacil mayor como Juan de Ayolas, D. Gonzalo Fernández de Salazar, segundón de una familia arruinada, era apenas un simple soldado de infantería entre los mil que partieron de San Lucas de Barrameda, á bordo de cinco naves gallardas, el 24 de agosto de 1535. Pero en D. Gonzalo Fernández de Salazar palpaba el corazón más grande de Sevilla, y ello basta para justificar su decisión y este relato.

Los compañeros de Solís y de Gaboto, que lograron regresar á España después de mil zozobras y aventuras, habían contado tantas maravillas sobre las riquezas del nuevo continente, que muchos jóvenes, deseosos de adquirir gloria y peculio, se alistaban en las diferentes expediciones que por aquel tiempo zarpaban con rumbo al «estrecho del Sur» ó al río inverosímil cuya riqueza en metales le había valido el nombre de Río de la Plata. España era por entonces un hervidero de empresas.

Ebrias de dominación y de gloria, las poblaciones rivalizaban en iniciativas, y en cada ciudad surgían millares de hombres atrevidos y aventureros que, si venían con crueldad los azares á que se exponían, sabían jugarse la existencia como jugaban los maravedises. *Costura*, como llamaban á D. Gonzalo Fernández de Salazar sus paisanos, á causa de una enorme cicatriz que le marcaba la cara, fué uno de esos bravos que, teniendo poco que perder, lo arriesgaron todo. Cuando se embarcó á bordo del *Trinidad*, juró no regresar á su tierra sino cubierto de oro y laureles. Viejas heridas de amor propio y la natural impaciencia de los treinta años, le empujaban á buscar un desquite contra la suerte adversa y á conquistar con su espada el sitio al sol que le negaban los suyos.

Durante los cuatro meses de navegación, *Costura* observó una conducta ejemplar y se mantuvo alejado de las sublevaciones que se encendían y se apagaban, al azar del capricho, entre aquellos hombres turbulentos que se lanzaban al asalto de la fortuna y de la inmortalidad. Cuando Mendoza hizo apuñalar á Juan Osorio, afrentándole con el cartel de «motinero y traidor,» nuestro héroe fué uno de los que se abstuvieron de opinar sobre el lance, arguyendo que había venido á con-

quistar un mundo y no á mezclarse en las rivalidades de los jefes. Esta altivez, que ponía de manifiesto su carácter y sus ambiciones, le granjeó muchas simpatías y algunos odios. Pero *Costura* tuvo una sonrisa y siguió hilando sus sueños y limpiando sus armas, como si en el mundo no existiera más que América, la gloria, su espada y su arcabuz.

* * *

Después de cuatro meses de navegación, interrumpida por muchos trances y contratiempos, la expedición llegó al Río de la Plata. La conquista sondaba lo desconocido y abría al fin las puertas del porvenir. Tras innúmeras perplejidades y disputas, las naves se dirigieron á una ensenada que juzgaron propicia para fundar un establecimiento y que, en memoria de una imagen venerada en el barrio de Triana, bautizaron con el nombre de Santa María de Buenos Aires.

Costura fué uno de los trescientos infantes que salieron á combatir con los indios acampados en actitud hostil alrededor de la expedición audaz, que ya se aprestaba á trazar el plano de la ciudad nueva.

—Ha llegado tu hora — se decía á sí mismo *Costura*, al internarse en las tierras inexploradas;— trata de no malgastar la ocasión y de pelear animosamente, que Sevilla tiene los ojos puestos en ti.

Porque *Costura* creía ingenuamente en su buena estrella, tenía confianza en el porvenir y llevaba la certidumbre de que todo debía salir á pedir de boca.

De ahí su desengaño al advertir que el primer encuentro no fué un triunfo. Los indios, que hacían la guerra de una manera imprevista y desconcertante, armados

de picas, flechas y bolas arrojadas, se presentaron en número cien veces mayor que los españoles; y como el jefe de la columna pereció en la demanda, los soldados, al mando de un lugarteniente, tuvieron que replegarse y volver al punto de partida.

Costura se dijo:

—Será para la próxima.

Y esperando tiempos mejores, contribuyó, como todos, á la edificación de la minúscula ciudad, hecha de paja y barro y rodeada por una ancha muralla de tierra que los indios destruían por la noche y que era necesario defender á todas horas. Las penurias que sufrió á causa de la falta de viveres, no consiguieron quebrantar su carácter. *Costura* sabía que la gloria se compra cara. Cuando sus compañeros, diezmados por las enfermedades, debilitados por las heridas, desmoralizados por la hostilidad de aquella comarca, de donde todo parecía rechazarlos otra vez hacia el mar, se aventuraban á formular una queja, *Costura* se erguía y les echaba en cara su debilidad. Allí habían venido á luchar heroicamente; que regresaran al terruño los afeminados; los verdaderos hombres tenían que saber sonreír ante el dolor para honra de su rey y de su bandera.

Como las escaramuzas eran diarias, *Costura* tomó naturalmente parte en más de una. Y si las heridas que recibió no fueron graves, ellas le enseñaron por lo menos el mecanismo de aquella guerra nueva, le descubrieron los nuevos puntos vulnerables del indio y le familiarizaron con los procedimientos y los ardides de aquel enemigo fantasma que aparecía y desaparecía, sin dejar á los exploradores un instante de reposo.

—Ya llegará el momento de derrotarlos— se decía *Costura*.

Y armado de su optimismo, seguía defendiéndose del cansancio que comenzaba

á desmoralizar á algunos de sus compañeros.

Las cosas se presentaban bastante mal. Después de haber sacrificado á Solís y á varios capitanes de Gaboto, los indios habían declarado á los españoles una guerra sin cuartel, y don Pedro de Mendoza tenía que sostener luchas titánicas para procurarse víveres y rechazar los ataques frecuentes é inesperados que llevaban contra él las diferentes tribus coligadas para destruir la pequeña población y arrollarle hasta el mar. Aquel puñado de gigantes, perdidos en una tierra inexplorada, á millares de leguas del país natal, estaban realizando el imposible de tener en jaque á espesas hordas aguerridas que conocían el terreno y tenían la infinita superioridad del número. La situación se hacía cada vez más difícil. No estaba en lo humano prolongarla. Todos comenzaban á temer que de un momento á otro fuera indispensable abandonar la posición y volver á las carabelas que, acariciadas por la brisa, les saludaban desde lejos y les hablaban de la patria distante.

Todos, menos *Costura*.

Para él, aquello era cuestión de tiempo. Los españoles acabarían por derrotar definitivamente á los salvajes y por hacerse dueños del territorio. Las cosas no podían ocurrir de otra suerte. Si le hubieran escuchado á él. . . . Pero *Costura* era un simple soldado, y no tenía voz ni voto en el consejo de capitanes.

Éstos, que estaban al corriente de los planes de los indios, abrigaban otra opinión. Sabían que los querandies, los bartenes, los charrúas y los timbúes preparaban un ataque formidable. Cuando Jorge Luján regresó de su expedición, río arriba, sin haber podido obtener víveres, los más optimistas comprendieron que la situación era desesperada. Pero aquellos semidioses de leyenda estaban acostumbrados á con-

versar con la muerte cara á cara, y esa misma noche tuvieron ocasión de probarlo.

Desde el anochecer se empezó á oír un rumor sordo que se robustecía y se acercaba. . . . Los centinelas avanzados anunciaron grandes masas de indígenas que surgían de todos los puntos del horizonte y formaban como un gran anillo que se achicaba para ahogar la posición de los españoles. Éstos se apercibieron á la defensa. En la obscuridad de aquella noche terrible, debía desarrollarse una de las tragedias más espantosas que ha presenciado el nuevo mundo. . . .

Primero una, después mil, las flechas untadas en grasa y encendidas comenzaron á caer sobre la minúscula población, incendiando los techos y destruyendo las habitaciones. Bajo una lluvia de llamas, ensordecidos por los clamores salvajes, acribillados de heridas, los españoles descargaron sus arcabuces, arremetieron con delirio é hicieron millares de víctimas, luchando cuerpo á cuerpo y defendiendo el terreno palmo á palmo, con la desesperación de ver naufragar sus inmensas esperanzas. Pero el ataque era incontrarrestable; y los jefes, ante el número creciente de enemigos y ante el espectáculo doloroso de la población destruida, resolvieron al fin ordenar la retirada y refugiarse en las naves.

Cuando *Costura*, que se había batido como un león, vió que los españoles, urgidos por los jefes, se retiraban y cedían el terreno, creyó volverse loco. . . . ¿Qué importaba que hubiera caído más de la mitad de los defensores? ¿Qué importaba que siguieran cayendo los demás? Mientras quedara uno en pie, la batalla no podía concluir. ¡Quizá fuera ese último el destinado á acabar con los herejes y alzar triunfante la bandera! ¡Que reculasen los otros! ¡Él, *Costura*, sabría cumplir con su deber hasta el fin!

En vano le llamaron sus compañeros y le incitaron á seguirles. *Costura* se parapetó entre las ruinas de lo que había sido la ciudad nueva y siguió disparando su arcabuz, mientras los demás, bajo las flechas de los indios, volvían á embarcarse en las gallardas carabelas.

Al encontrarse solo, *Costura* tuvo una inspiración donde flotaba toda la sublime demencia española. Arrojó su arcabuz, esgrimió en la diestra su espada brillante, empuñó en la siniestra una flecha encendida que le iluminó la cara, y en un vértigo, jurando á gritos por todos los santos de Sevilla, cayó sobre el tropel de indios atónitos que ya se creían completamente dueños del campo.

—¡Dad paso á España!— les gritó hundiéndose entre ellos y abriendo surco.

Los indios, asombrados al principio, le dejaron pasar. Después se repusieron. Y como *Costura*, desfigurado y diabólico bajo el resplandor de su tea improvisada, hacía relampaguear su acero y amenazaba á todos, un grupo se lanzó sobre él para desarmarle. Fué una lucha de epopeya. La espada, que parecía de luz, saltaba como una serpiente, se hundía en los cuerpos y reaparecía abriendo claros alrededor del atleta, que aullaba afónico, agitando la flecha del incendio. La sangre le inundaba la frente, sus heridas debían ser innumerables, pero *Costura* siguió luchando. Hasta que, en un remolino sordo, se oyó como cuando rueda un árbol arrastrando con él á los que le derriban. . . . Y se extinguió la tea. . . .

Desde las carabelas, don Pedro Mendoza y los suyos pudieron oír el clamor de los indios que festejaban la victoria. La pequeña ciudad destruida humeaba bajo el cielo azul, los sobrevivientes de la expedición volvieron á sus hogares, y *Costura*, que había muerto en la noche, sin testigos que pudieran contar su gloria, siguió sien-

do en los cronicones de su tiempo un obscuro don Gonzalo Fernández de Salazar, segundón pobre y soldado de infantería. . . .

* * *

Pero el porvenir ofrece á los hombres los desquites más halagüenos.

Hace dos años, en una de las regiones agrícolas más fértiles de la provincia de Buenos Aires, en los alrededores de Bahía Blanca, importante puerto comercial y militar, visitó cierto viajero la hacienda del doctor X. . . . y se sentó á descansar bajo el ancho corredor de la vivienda del mayordomo.

Era éste un indio fornido, jovial, y hasta elegante en el traje, que hacía los honores de la casa con cierta cortés desenvoltura de hombre habituado á vivir entre gente de distinción.

—¿Quiere usted ver mis *Pilchas*?— dijo en un español matizado de modismos del país.

Y con cierto engreimiento amable le llevó á una alegre sala-comedor, de cuyos muros recién pintados pendían riquísimos frenos, riendas, rebenques y sillas de montar, todo de plata y cuero lustrado.

El viajero observó un objeto imprevisto entre aquellas prendas de rico trabajador rural. Era una gran espada obscura, pesada y solemne, que á juzgar por su forma debía datar de varios siglos.

—¿Es una espada antigua? afirmó más que preguntó el visitante.

— . . . é histórica. . . . —completó en excelente castellano el indio mayordomo; —mis abuelos, que fueron caciques de la dinastía charrúa, se la transmitieron de mano en mano, hasta que, disuelta la tribu y fundidos todos en el cuerpo de la nación, ha llegado naturalmente á mí, que soy el

último descendiente de ellos. Cuenta nuestra tradición que en las primeras épocas, cuando los hombres de Europa quisieron venir á habitar estas regiones, en medio de los grandes combates que ensangrentaron el país, apareció cierta vez un guerrero sin igual que, solo, contra millares de enemigos, supo vengar la derrota de los suyos. Su espada temible causó tales estragos al final de una batalla, que los charruás, generosos y justicieros, resolvieron conservarla en el tesoro de la tribu como un homenaje á aquel hombre extraño que suponían ser un gran jefe. Durante varias generaciones, la espada ha sido mirada con temeroso respeto. Unos afirmaban que era la de Mendoza, otros la atribuían á su alférez mayor. . . . Pero hace poco tiempo, al limpiarla, descubrí que se destornillaba el pomo y que en el hueco había un billete con el nombre del propietario —que desgraciadamente no fué más que un héroe obscuro, del cual no hace mención ninguno de los tomos que he hojeado sobre la conquista.

Y en el pergamino que me tendió el indio argentino, leí en letras gordas:

Don Gonzalo Fernández de Salazar
(*Costura*)
Vecino de Sevilla.

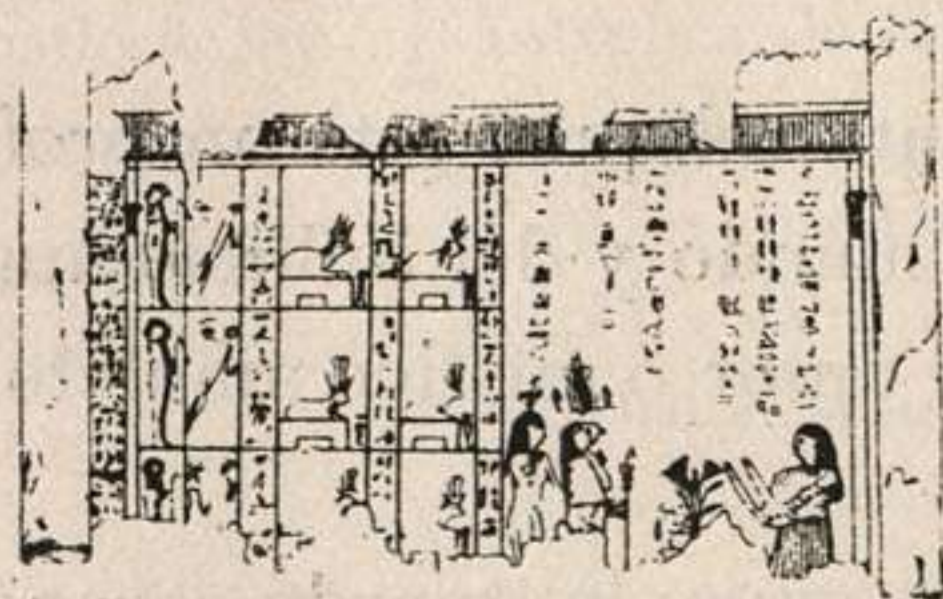
SÉPTIMO INTERMEDIO

—La gran tristeza de los poetas —confesé— consiste en la facultad de poder comparar la vida con el ideal, y en la decepción de no encontrar en el mundo las exactas correspondencias á los personajes y las aventuras de sus sueños. . . . Vivimos en una humanidad tan inferior, que cuando ha buscado dar forma á cosas excelsas, cuando ha querido sintetizar sus más altos anhelos en dioses imaginariamente omnipotentes, ha creado seres mezquinos, de los cuales se ha podido decir: «la venganza es el placer de los dioses. . . .» *Costura* fué un bello alucinado que merece muchas rosas. . . . Olvidó que vivía en la tierra, pero supo morir dentro de su ensueño. . . .

Y Manón dedujo:

—¿Quién alcanza en amor á tanta altura?

MANUEL UGARTE.





De antiguo claustro en la quietud austera,
De húmeda celda en soledad sombría,
Vivió un fraile, sin otra compañía
Que un Santo Cristo y una calavera.

Todas las noches, de la vil estera
Que de mísero lecho le servía,
Sacaba un medallón, y en él ponía,
En ósculo sin fin, la vida entera.

¿Era santa reliquia? ¿era un profano
Resto del mundo y del bullicio humano,
Prenda de amor ó místico amuleto?

Nadie lo supo; lo guardó escondido
Bajo el grueso sayal de su vestido,
Y se llevó á la tumba su secreto.

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ.

LA CUESTION MONETARIA

Con motivo de la visita que el Sr. Lic. Limantour hizo á las bóvedas del Banco Nacional, últimamente, se pronunciaron en el *lunch-champagne*, que se sirvió á los invitados en las oficinas del Banco, los siguientes importantísimos discursos.

El Sr. Lic. D. Pablo Macedo, Vicepresidente de la Comisión de Cambios y Moneda, dijo:

«SEÑOR MINISTRO, SEÑORES:

Debo comenzar dando á ustedes las gracias en nombre de la Comisión de Cambios y Moneda, y personalmente en el mío, por la bondad con que se han servido aceptar la invitación de practicar la visita que hemos hecho á la bóveda donde el Banco Nacional de México, conserva en depósito confidencial y separados de sus fondos, los caudales cuyo manejo ha confiado la ley á la Comisión de Cambios y Moneda.

* * *

Al honrarnos con esta visita, han podido ustedes comprobar, que es una realidad que el oro extranjero está afluyendo á nuestro país; y por más que todos los presentes, en su mayoría experimentados hombres de negocios, se den cuenta per-

fectamente de este fenómeno económico, voy á permitirme aludir á la razón fundamental en virtud de la que hoy ha venido y antes no podía venir ese oro á la República, para ser, en forma de moneda, el propulsor de nuestra industria y de nuestro comercio, y el agente vivificador de nuestras empresas de toda especie.

Esta razón, esa causa fundamental, no es más que la reforma monetaria tan prudente y sabiamente decretada en la ley de 25 de Marzo último, y voy brevemente á demostrarlo.

El precio en oro que la plata ha alcanzado durante los dos últimos meses en ese mercado del mundo, que se llama Londres, si bien excepcional, considerando sólo los últimos años, porque no se alcanzaba desde Octubre de 1900, no es bastante á explicar la afluencia del oro en México. En ese año, 1900, aunque por pocos días, y en los anteriores, especialmente en 1896, la plata valía tanto como hoy, y para no referirnos sino á los últimos 20 años, en 1885 alcanzaba un precio de 48 $\frac{5}{8}$ peniques por onza standard, cosa que hoy nos parecería fabulosa, casi legendaria. Y sin embargo de ser así las cosas, á pesar de valer la plata mucho más de los treinta peniques de hoy, el oro no sólo no venía á México, sino que nuestra misma produc-

ción de metal amarillo, tomaba el camino de los mercados extranjeros, y no nos quedaba aquí sino como verdadera curiosidad.—¿Por qué?—Porque ya nuestros valores todos, lo mismo las casas, que las haciendas, lo mismo los efectos extranjeros, que el maíz y el trigo, se medían aquí en plata, es decir, en una mercancía de estimación eminentemente variable, y para la cual estaba cerrada en el extranjero la única puerta por donde una mercancía se convierte en medida de valor, que es la libre amonedación. En otras palabras, nuestra moneda no tenía un valor reconocido por la ley, sino dentro de nuestras fronteras; saliendo de ellas, teníamos que venderla como cualquiera otra mercancía.

Este mismo hecho, explica por qué no podíamos traer oro, aunque nuestra plata valiera mucho. Si, por ejemplo, un gramo de oro había sido adquirido á cambio de los 24 $\frac{1}{2}$ gramos de plata que nuestro peso contiene, las fluctuaciones de la plata nos ponían en la imposibilidad de saber si ese mismo gramo de oro, cuando de él tuviéramos que desprendernos, habríamos de cederlo por los mismos 24 $\frac{1}{2}$ gramos de plata de nuestro peso, ó por más ó por menos. De aquí una seguridad absoluta para quien poseía oro; y por eso que quien lo tenía en las manos lo estimara como una ascua ardiendo, y lo pasara á otras tan luego como realizaba una utilidad obteniendo más plata, ó lo que es lo mismo, más pesos (puesto que la acuñación era libre), que la que el oro había dado.—En una palabra, y como ya se ha dicho más de una vez, bajo el régimen de la plata vivíamos sin moneda, y poco más ó menos en una condición económica comparable á la de nuestros antecesores los aztecas, que tenían los granos de cacao como signo de cambio en sus transacciones.

* * *

Hoy la situación ha cambiado, y el oro, como un nuevo Pactolo, comienza á correr hacia nosotros.—¿Por qué?—Porque la base de nuestros valores, la medida, el patrón de todos ellos, es el oro: el oro, que será mejor ó peor que la plata, que abundará más ó menos, que, como todo producto del trabajo humano, subirá ó bajará de valor, pero que tiene abiertas las casas de moneda de todas las naciones civilizadas, y que á nuestra voluntad podemos convertir en águilas norteamericanas, ó en francos, ó en marcos alemanes, ó en libras esterlinas: tenemos, pues, una moneda internacional, con un valor universal, por decirlo así, y por eso no es ya el oro una brasa ardiendo en nuestras manos, sino un representante de riqueza efectiva, y, por lo mismo, un agente de prosperidad y de vida.

Esto, señores, es obra exclusiva de nuestra reforma monetaria: esto, señores, lo debemos únicamente á la ley de 25 de Marzo de 1905, que nos ha dado como base inquebrantable y firmísima, la de que un peso mexicano equivale legalmente á 75 centigramos de oro puro, y por eso hoy, cuando nuestro tradicional peso de plata nos es pagado á razón de 75 centigramos de oro puro, ó algo más, podemos deshacernos de él, y convertirlo en oro al tipo legal.

Esto es, señores, lo que ha hecho la Comisión de Cambios y Moneda con algo más de 8.000,000 de pesos de los 10.000,000 que forman el fondo regulador puesto en sus manos; y concluida esta labor, que fuera obra de poco más de un mes, creyó que su deber consistía, puesto que el precio de la plata se mantenía firme, en abordar la misma tarea en favor de los Bancos de emisión de la República. Y así lo ha hecho, logrando realizar y exportar

\$5.477,604.80, más lo que eleva la cifra de pesos, cambiados por oro á la suma ya importante de más de \$13.477,604.80, en el breve espacio de cincuenta días, del 10 de Noviembre al 31 de Diciembre, y ello, afortunadamente, sin hacer declinar el precio de la plata, que se mantiene firme y ayer cerró á 30 peniques. Merced á esto, siguen concertándose nuevas operaciones para Enero, y hasta estos momentos hemos realizado un millón más, ó sea en total la suma de \$14.477,604.80.

Pero la obra, aunque realizada con oportunidad, y sin pérdida alguna ni para la Comisión ni para los Bancos, sino dejando más bien á aquélla una utilidad apreciable, no estaba completa; el oro ya estaba aquí á cambio de plata, con la ganancia que los precios y la rapidez de las operaciones han permitido. Pero, ¿cómo lanzarlo á la circulación?

Esta parte del problema, más importante de lo que á primera vista parece, no estaba exenta de peligros. Dar curso legal á la moneda extranjera de oro, al tipo que resultara del oro puro que contuviera, era, en verdad, muy sencillo y por muchos aconsejado: pero esto nos habría condenado á no tener por mucho tiempo una moneda propia y á dejar la reforma monetaria, acaso para siempre, incompleta. Por otra parte, nuestra Casa de Moneda, aunque provista de maquinaria moderna y con un personal técnico de alta competencia, no podía —y ninguna en el mundo habría podido— acuñar, ni en días ni en semanas, muchos millones de pesos en monedas de oro. Ocurrir, por otra parte, á casas de moneda del extranjero, aunque recomendado por muchos y no desdeñado ciertamente por la Comisión, exige preparación cuidadosa y demanda de tiempo.

Entonces el Ministro de Hacienda, con su altísima competencia, con esa consumada habilidad que es una —y no la

menor— de las características de su gestión hacendaria, autorizó á la Comisión de Cambios y Moneda para recibir en depósito, oro en monedas extranjeras y en barras, emitiendo en cambio certificados que los Bancos podrán colocar en sus reservas, entretanto se hace la acuñación de moneda amarilla. Pero como siempre la emisión de un documento de crédito es operación delicadísima, y como entre nosotros no habían faltado alarmistas que hablaran de papel moneda de curso forzoso, la Comisión ha quedado obligada á tener siempre en caja, y disponible en cualquier momento, cuando menos el importe íntegro de los certificados emitidos.

Habéis visto, señores, en la bóveda del Banco Nacional de México, depositario confidencial de los fondos de la Comisión, 2.643,600 dólares americanos en piezas de oro de 20 dólares, y, además, en barras y moneda del cuño antiguo, \$154,483.20; estas sumas, al tipo legal, equivalen á \$5.477,604.80 mexicanos oro. De ellos pertenecen á los Bancos Nacional de México, de Londres y México y Central Mexicano, por ventas de plata que la Comisión ha hecho, tomadas de las reservas de esos Bancos, la suma de \$5.340.106.46, en esta proporción:

Al Banco Nacional de México.	\$ 2.838,606.46
Al Banco de Londres y México.	„ 1,500,000.00
Al Banco Central Mexicano....	„ 1,001,500 00
	<hr/>
TOTAL.....	\$ 5.340,106.46

que en certificados tengo la honra de poner en manos de sus gerentes.

Queda todavía un punto que no quiero ni debo pasar en silencio. Si la Comisión de Cambios y Moneda —se dirá— ha de conservar en su poder, siempre y en todos

momentos, esos 5.340,106.46 pesos de oro de los certificados, ¿cómo puede proceder á la acuñación con el pequeño saldo de sus existencias de oro, que es sólo de \$137,497.34? Todavía más: ¿cómo puede seguir vendiendo plata de los Bancos sin vaciar cajas, al menos por el tiempo que materialmente exijan las nuevas remesas de oro que vengan del extranjero?

A esto, señores, responderé muy sencillamente, recordando que la Comisión de Cambios y Moneda cuenta ya con más de \$8.000,000.00 oro del fondo regulador, y puedo informar que ha dispuesto las cosas de tal suerte, que además de \$1.900,000 que tiene en Londres listos á venir cuando sea necesario, antes del diez de Enero próximo recibirá en México otros cuatro millones de pesos en oro, y que en los Estados Unidos tiene ya casi otros dos millones, también en oro, disponibles para ser allá acuñados, si con las Casas de Moneda de los Estados Unidos se llega á acuerdo, como es casi seguro, para que allá se fabriquen, con troqueles enviados de aquí, monedas de oro con el cuño mexicano. Además, nuestra Casa de Moneda tiene en su poder, oro por valor de más \$400,000.

Ya veis, señores, cómo para el oficio de banquero se necesita menos que para hacer un sermón, según la consagrada frase española. Para esto último, solemos decir: basta tener talento, pero el talento es algo propio; y para hacer de banquero y de banquero afortunado, nada propio se necesita: pues de todo ello ser ageno, aunque consista en mucho dinero y su mucho crédito, y en este caso así ha pasado y está pasando; el mucho dinero, es del gobierno: el mucho crédito, de nuestro preclaro Ministro de Hacienda, el Sr. Lic. D. José Yves Limantour. Sólo una cosa nuestra hemos puesto en la Comisión de Cambios y Moneda; y eso nuestro, son nuestros amigos: en primer lugar, el Banco

Nacional; luego, los otros Bancos; luego, los Sres. Hugo Scherer, jr. y Co., auxiliares todos de nuestra obra, á quienes me complazco en dar aquí las gracias más expresivas en mi nombre personal por la confianza que me han dispensado.

—
Tiempo es, señores, de que ya concluya esta desaliñada peroración: y no lo haré sin evocar un recuerdo y presentar una excusa.

El recordó se refiere á nuestro distinguido y prestigioso presidente, á cuyo gobierno debemos el resultado que estamos palpando. La excusa debo presentarla al señor Ministro de Hacienda por no haber abierto ante él, como era mi deseo, la primera barrica de moneda americana de oro que la Comisión recibió; nuestra casa de Moneda urgía, porque parte de ese oro se le entregará para proceder á acuñarlo, y á la sazón el señor Limantour se encontraba enfermo y, además, preparando, aun en su lecho, esos admirables documentos con que anualmente nos asombra y que se llaman la cuenta del tesoro público correspondiente al último año y la iniciativa de presupuestos que al próximo ejercicio corresponde. En tales condiciones, creí que antes que las consideraciones personales debidas al Superior y al amigo, estaba el servicio público, y en presencia de muy pocas personas, casi sin solemnidad, pero con júbilo, rompimos, sin estar él presente, la primera barrica de oro. No quise, sin embargo, que ese acontecimiento, por varios conceptos memorable, quedase sin dejar un recuerdo material; y, cambiándolas por piezas americanas de mi propiedad, hube de tomar algunas de las que esa barrica contenía. Estas piezas están aquí, con su auténtica correspondiente: la primera me permito consagrarla al señor Presiden

te de la República, rogando al señor Licenciado se sirva ponerla en sus manos: la segunda pertenece de derecho al mismo señor Limantour, y le ruego la acepte como un recuerdo material de la reforma monetaria que tan sabia y oportunamente ha declarado é implantado de hecho: la tercera pertenece al señor Licenciado Don Roberto Núñez, colaborador abnegadísimo del señor Limantour, y la cuarta al señor Ingeniero Don Manuel Fernández Leal, meritísimo servidor de la Nación, de quien nada diré, porque con su habitual modestia me lo ha prohibido; pero á quien todos ustedes conocen y que en los lindes de una vida consagrada entera al servicio público, colabora eficazmente á implantar en su patria el beneficio inmenso del patrón de oro con circulación de moneda de oro.

Dos palabras señores, para concluir. Todos los presentes, en mayor ó menor escala, hemos visto al México de otros días y hemos presenciado las calamidades que agobiaban á esta pobre tierra que parecía condenada á infelicidad irremediable y perpetua y acaso á la desaparición como pueblo independiente. No describiré en detalles esas calamidades, por ser innecesario, y porque su recuerdo es doloroso y acaso impropio de estos momentos; pero cuando la desgracia se ha tornado en ventura, cuando á las miserias y vergüenzas financieras del pasado han sucedido el crédito, la abundancia y la prosperidad, y se considera que esto ha sucedido en el corto espacio de menos de un cuarto de siglo, parece legítimo esperar que los mexicanos estemos ya en el camino de nuestra salvación definitiva y que esta Nación ocupe en breve el lugar que por su importancia histórica, por su posición geográfica y por sus elementos naturales le corresponde, en

el concierto de las naciones de la libre América. Por eso invito á todos los presentes, mexicanos por el nacimiento ó por la sangre, y mexicanos por haber hallado en este suelo los elementos de un trabajo honrado, á que terminemos esta visita, formulando votos sinceros por la prosperidad de México, y por la felicidad personal, durante muchos años, y especialmente en el que mañana comienza, de los dos mexicanos que han sido los factores más importantes de nuestro progreso económico y hacendario: el señor General Don Porfirio Díaz, Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, y su Ministro de Hacienda, el señor Licenciado Don José Yves Limantour. Para todos los demás, deseo igualmente un feliz año 1906.»

«Cuando hubieron cesado los aplausos con que la concurrencia saludó las frases del Sr. Macedo, el Sr. Limantour tomó la palabra.

Dió las gracias á la Comisión de Cambios y Moneda, y particularmente al Sr. Macedo, por haberle invitado á esta visita, que es una evidencia del fenómeno que tanto importa á todos cuantos tenemos intereses en México.

«En cuanto á las causas —siguió diciendo el Sr. Ministro— de esa deslumbradora lluvia de oro que habéis visto, las conocéis muy bien por la multitud de documentos oficiales publicados que á ella se refieren, y, sobre todo, por la exposición clara, sencilla y elegante que acaba de hacer el Sr. Macedo, Vicepresidente de la Comisión de Cambios y Moneda.

El Sr. Macedo ha dicho muy bien, que esta afluencia del oro extranjero á nuestro país, no se debe á circunstancias fortuitas, ni á una mera coincidencia, sino á las disposiciones dictadas para mantener la esta-

bilidad del cambio. Ha afirmado, con toda justicia, que muchas otras veces el precio de la plata ha estado á mayor altura que hoy, y sin embargo, el oro cruza hoy, por primera vez, las fronteras de este país. Sin remontarnos más atrás, recordamos que, después que se hubo roto para siempre la vieja relación de uno á quince y medio ó diez y seis entre la plata y el oro, el promedio del valor de plata fué muy superior al de 28 ó 29 peniques, y, no obstante, no solamente no venía el oro extranjero, sino que el de nuestras minas, apenas salido de las entrañas de la tierra, seguía la corriente de los mercados extranjeros.

No ha faltado quien objete que, sin esta reciente alza en el precio del metal blanco, no habría sido posible hacer llegar á este país el oro extranjero. Esto no es exacto. Lo que ha hecho esta elevación, ha sido apresurar el éxito de la Reforma Monetaria, anticipar los hechos, abreviar el tiempo. Esta alza ha permitido á la Comisión de Cambios y Moneda, como nos lo acaba de indicar el Sr. Macedo, hacer que en pocas semanas se cambie por oro más de quince millones de nuestro stock monetario, y por ello debemos felicitarnos. Pero, sin esta alza, el fenómeno se hubiera producido igualmente.

Habrían transcurrido dos ó más años antes de obtener ese resultado; pero se habría obtenido. Esta alza ha hecho, en pocas semanas, lo que en mayor tiempo habría determinado el enrarecimiento, ó mejor dicho, el establecimiento de una relación más apropiada entre el stock monetario y las necesidades comerciales.

En la actualidad, nada tenemos ya que temer por el porvenir del metal blanco.

No importa que la plata suba ó baje. Tenemos ya una moneda cuyo valor es independiente de esas fluctuaciones, y con la cual, en el interior y en el exterior, podemos arreglar igualmente nuestras transac-

ciones. Si la plata sube, ya habéis visto el fenómeno que se produce; si baja, veréis cómo se produce el fenómeno inverso.

En uno de mis viajes, ví un aparato que llamó grandemente mi atención. En un acuario, los pecesillos agitaban alegremente sus aletas multicoloras en un líquido que estaba siempre á la misma temperatura. Si el agua tendía á enfriarse demasiado, se abría una llave de agua caliente que restablecía el equilibrio de temperatura; si, por el contrario, tendía á calentarse con exceso, la llave de agua fría funcionaba, y el ambiente líquido de los peces no sufría modificación térmica alguna.

Y todo esto por un mecanismo automático, que funcionaba con una exactitud matemática.

Permitidme, señores, que compare á ese acuario nuestra situación actual. El líquido ambiente es nuestro tráfico comercial, nuestro medio económico; el aparato regulador de las llaves de agua, es la Reforma Monetaria, que arregla y norma el flujo del oro y de la plata; y los felices pecesillos. . . . somos nosotros, que ya no podemos temer nada de las fluctuaciones en el valor de la plata.

El Sr. Macedo nos ha hablado de las labores que, para llegar á este resultado, ha llevado á feliz término la Comisión Monetaria. Por sí mismas, las cifras que hemos escuchado miden la magnitud de esas labores, con las cuales esa Comisión ha respondido á los deseos del Gobierno, que no en vano escogió para integrarla á hombres todos que han demostrado sus grandes aptitudes y su competencia en asuntos financieros, y que tienen acreditada su firme honorabilidad.

Las frases que el Sr. Macedo me ha dirigido, me han sellado los labios y me impiden que diga lo que de él sé, y lo que de él pienso. Pero, señores, vosotros le habéis visto en la faena: siempre consagra-

do al bien público, siempre afable, siempre estudiando con afán, y siempre decidiendo con habilidad, con oportunidad y con acierto. Con él han compartido la rudeza de los trabajos los demás miembros de la Comisión de Cambios y Moneda, formada casi en su totalidad por personas extrañas á la Administración pública; pero que no han vacilado en poner al servicio del país sus aptitudes y sus esfuerzos.

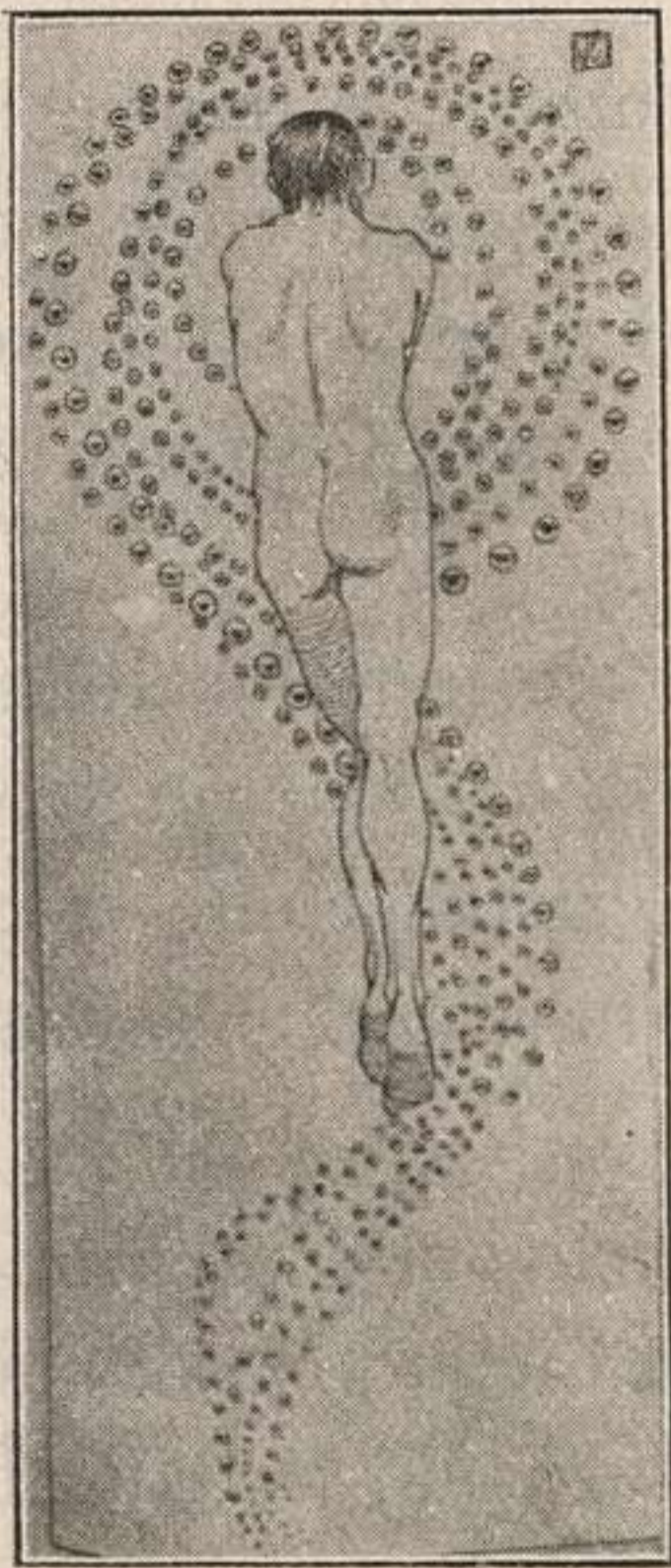
Con colaboradores como el Sr. Macedo, como las demás personas que han integrado la Comisión de Cambios y Moneda, como los banqueros, casas comercia-

les y particulares que han prestado su concurso á esa Comisión, podemos esperar tranquilos, con entera confianza, el porvenir.

Permitidme, señores, que alce mi copa por la prosperidad personal de cada uno de ustedes, y por la de sus intereses, que son los intereses de la Nación.»

*
* *

Ambos oradores fueron estrepitosamente aplaudidos.





El sacro ritmo de la danza, marca
 en la cintura, un junco que se quiebra;
 en el torso, un gran lirio que se enarca,
 y en los flancos, el anca de la zebra.

Ardiente el ojo inmóvil del tetrarca,
 en la armoniosa undulación se enhebra,
 y enturbia su cristal, como la charca
 cuyo fondo agitará una culebra.

En la fiebre divina que la impulsa,
 Salomé es una ménade convulsa;
 danza con el furor de la bacante

Que azota el dios en el antiguo coro,
 hasta que por la sangre pululante
 de Juan, resbalan sus talones de oro

RAFAEL LÓPEZ.

1905

UNA CARTA INTERESANTE.

La compra de las Haciendas de Manuel González, hijo

Tlalpan. D. F., diciembre 22 de 1905.

SR. D. FRANCISCO MONTES DE OCA,

Editor de «El Popular.» México.

Estimado señor y distinguido amigo:

En un número del semanario «Leaves of Healing,» que se edita en Zion City, Ill., U. S. A., y correspondiente al día 18 del pasado mes de noviembre, encontré un telegrama del Dr. don Alejandro Dowie, fechado en Ciudad Victoria, Tamaulipas, el día 12 del mismo mes.

En él se refiere el señor Dowie, en términos reticentes, á su proyectada compra de mis haciendas en el sur del Estado de Tamaulipas.

La lectura de dicho telegrama me causó cierta impresión; y como se lo enseñara á algún amigo mío, éste me hizo notar que, desde el 17 de Noviembre, se había publicado el texto del mismo en otros periódicos, con un proemio en el cual, desde el título, se agravaban las insinuaciones que en contra de mis terrenos hizo el señor Dowie á sus secuaces de Zion.

Fué mi propósito no hacer del dominio público los antecedentes de este negocio, no sólo porque no me agrada ser objeto de la curiosidad general, sino porque, al romper relaciones comerciales con el señor Dowie, les prometí á los señores Lewis y Wilhite, que aparecen como sus apoderados, que no amargaría yo con mis declaraciones la triste y penosa situación en que

se encontraba su jefe. Pero puesto que éste ha escrito para el público, desfigurando á su antojo los hechos, y como de su torcida conducta se me originan perjuicios de verdadera importancia, me creo desligado de mi espontánea y generosa oferta, y estar en la obligación de dar al público inteligente de México y de los Estados Unidos, conocimiento de las verdaderas causas que impidieron que la operación pactada entre el señor Dowie y yo, se llevara á debido efecto.

No sólo me impulsa á hacer esta franca declaración el hecho de las publicaciones por medio de la prensa, llevadas á cabo por Dowie, sino también el de que, directa ó indirectamente, se ha tratado de impresionar al público por medio de párrafos, maliciosos á veces, que salieron en los periódicos de esta Capital, de Monterrey y de Tampico; párrafos que he creído dañosos para los intereses míos particulares y, en parte, para los del Estado de Tamaulipas como futuro recipiente de colonias extranjeras.

Por eso tengo plena confianza en que Ud. le dará á esta carta una generosa hospitalidad en las columnas de «El Popular.»

La historia condensada del negocio de Dowie es la siguiente:

A fines de Marzo, ó principios de Abril de este año, llegó el señor Dowie á Tam-

pico y á la ciudad de México, procedente de Zion City, Washington, Nueva York, las islas Bahamas y la capital de la Isla de Cuba, con el objeto de establecer una gran colonia de zionistas en la República Mexicana, de preferencia en el Estado de Tamaulipas. Después de haber pulsado la situación en Tampico, vino á México, armado de cartas de presentación de los hombres públicos más importantes y conspicuos de Washington para los más altos oficiales públicos de este país.

En la Ciudad de México fué recibido por nuestros hombres de gobierno con la cortesía y buena voluntad que siempre gastamos acá con los extranjeros industriales y ricos, que nos llegan animados de cualquier aparente deseo de contribuir al desarrollo de nuestra riqueza y á la población de nuestro territorio, como inmigrantes dignos de apoyo y atención.

Uno de los personajes más conspicuos y ameritados de entre nuestros hombres públicos me puso en contacto con el Sr. Dowie, para que éste fuera á ver, sin dificultad alguna, parte de los terrenos de mi propiedad en el Estado de Tamaulipas, ubicados en el Distrito Sur del mismo Estado, al norte y noroeste del puerto de Tampico.

A la persona comisionada para servir de intermediario entre el Sr. Dowie y yo, le manifesté mi conformidad. Dí las órdenes necesarias para que el Sr. Dowie y su acompañamiento pudieran ver mis propiedades antedichas, permaneciendo yo en este Distrito Federal.

Volvió el Sr. Dowie, y, después de haberme manifestado que quedaba contento de la inspección que había hecho de los predios de mi pertenencia, subscribimos y depositamos en la Notaría Pública del Sr. Lic. Jesús Trillo, de la ciudad de México, una minuta de contrato, en virtud de la cual, le dí opción gratuita, hasta el 17 de Octubre de este mismo año, para que pudiera comprarme mis haciendas de «Tancasneque,» «El Cojo,» «Cuestecitas,» «Santa María y anexas,» en la cantidad de un millón ciento cincuenta mil pesos oro americano, entera-

mente libres para mí, siendo de cuenta de Dowie todos los gastos de estritura y de translación de dominio, etc., y cualesquiera otros que se tuvieren que erogar.

Dejé depositados en la oficina de su apoderado jurídico en México, todos los planos de mis propiedades, las escrituras correspondientes, una copia certificada de la sentencia en el juicio de apeo y deslinde, con la conformidad de todos los colindantes; me comprometí á no vender ganado de esas fincas, sino para lo que fuera estrictamente necesario para los pagos de rayas de los sirvientes; y así pasaron las cosas hasta principios de Octubre del año actual, época en la que el Sr. Dowie volvió de los Estados Unidos para llevar á cabo la operación de compraventa que teníamos apalabrada.

Llegó el Sr. Dowie a México, después de haber sanado, por medio de sus oraciones, de un ataque de parálisis que sufrió en Zion City á principios del mes de Octubre, y, después de haber estado más de seis días en oración para conseguir su convalecencia, conferenció con algunos altos oficiales públicos y les pidió, para su futura colonia, ccesiones muy amplias, como me parece que son las siguientes: la construcción de un ferrocarril desde la futura ciudad de Zion, cerca de Tampico, hasta el Puerto de Matamoros; la del establecimiento de un puerto para buques de alto calado en la desembocadura del río de Sotolamarina; la de privilegio de pesca exclusivo, desde la de dicho río hasta la del Pánuco; la del dragado, gratis, del río Tamesí para el uso de sus vapores; la del establecimiento, gratis, por el Gobierno Federal, de muelles para el uso especial de la colonia, tanto en el río Tamesí como en el de Sotolamarina. A esto hay que agregar que pedía concesión para la exploración de una zona minera que abrazara los 160 sitios de ganado mayor que componen mi propiedad, y los doscientos que son de la del Sr. López, así como las demás exenciones de ley que se acostumbra dar á las compañías colonizadoras: tenía, además, la pretensión de establecer sus aduanas propias y de poder legislar en

materias municipales para la salvaguardia de la moralidad pública en las futuras ciudades que iba á fundar.

Como de haberse allanado el Gobierno Federal á semejantes exigencias, hubiera tenido que gastar de ocho á diez millones de pesos en subvenciones para el ferrocarril á Matamoros, y para la apertura del puerto en la barra del río Sotolamarina, entiendo, sin que pueda asegurarlo, que, ni el Sr. Presidente Díaz, ni su hábil y circunspecto Ministro de Hacienda, el Sr. Limantour, han de haber podido satisfacer los deseos de D. Alejandro Dowie en lo que toca á estas dos pretensiones del último; no sólo porque los compromisos que tiene el Gobierno Mexicano con las líneas Nacionales de México se lo impedían para lo primero, sino porque la segunda exigencia no habría podido haber sido justificada, sino en el caso de que el Sr. Dowie hubiera llegado á ser dueño de los terrenos que ambicionaba y de que los hubiera poblado de una manera conveniente, á satisfacción de las Secretarías de Estado respectivas.

En cuanto á las demás pretensiones del Sr. Dowie, pudieran haber sido satisfechas por el Gobierno Mexicano, siempre dentro de la amplitud de las leyes federales, sin hacer una excepción del caso.

Pero, aun en este último supuesto, habría habido necesidad de que el Sr. Dowie hubiera sido dueño de terrenos en el Estado de Tamaulipas.

De lo contrario, el Gobierno Federal se hubiera expuesto á conceder franquicias en vago; y franquicias de tal consideración, que hubieran podido llegar á ser objeto de especulaciones en los mercados extranjeros, sin que su concesión hubiera traído aparejado consigo el establecimiento de las colonias en Tamaulipas, objeto principal que hubiera podido ser motivo de la longanimidad y benevolencia del progresista Gobierno de la Nación.

La contrariedad que sufrió el Sr. Dowie al encontrarse con esta inteligente renuencia de parte del Gobierno Federal, y la no menos atendible razón de que su salud es-

taba resentida á causa de su reciente ataque de parálisis en Zion City, motivaron que no hubiera yo podido ver á dicho señor sino hasta el 14 de Octubre del presente año, víspera, si mal no recuerdo, de su ida á Tampico á restablecer su salud.

En la conferencia que con él tuve, delante de los Sres. Lewis y Wilhite, me manifestó, con cierta acerbidad, la mala impresión que le había causado el fracaso de sus pretensiones ante el Gobierno Federal. Me dijo, además, que en virtud del cambio de política del mismo Gobierno, en materia de concesiones ferrocarrileras, creía no poder cumplir para el 17 de Octubre, es decir, tres días después, con el pacto de opción celebrado seis meses antes, según minuta extendida por ante el notario D. Jesús Trillo.

Le dije que lo relevaba de todo compromiso y me dió las gracias; añadiendo que no quería ni podía abandonar la empresa, porque no le convenía hacerlo, y que al día siguiente, los Sres. Lewis y Wilhite pasarían á verme á mi casa de Tlalpan para arreglar las bases de un nuevo compromiso, en tanto que él hacía su viaje á Tampico con motivo de su enfermedad.

Al día siguiente, dichos señores tuvieron una conferencia conmigo.

Pero antes de referir lo que en ella se habló, me parece oportuno hacer conocer las bases principales del contrato de opción anterior.

En dicho contrato se estipuló lo que á continuación se expresa: PRIMERO: El precio sería de un millón ciento cincuenta mil pesos, moneda de oro de los Estados Unidos de América: la cuarta parte sería entregada al vendedor el 17 de Octubre de este año, y las otras tres cuartas partes serían pagadas á 3, 6 y 9 meses de la fecha del primer abono.—SEGUNDO: Los gastos de escritura y translación de dominio serían satisfechos por el comprador.—TERCERO: La parte insoluta del precio ganaría un 6 por ciento anual, pagadero por trimestres vencidos.—CUARTO: El vendedor no dispondría de los ganados de las haciendas, durante los seis meses de la opción, si-

no para hacer gastos indispensables de rayas y contribuciones.

Hecha la mención anterior, hablaré de la conferencia.

A los Sres. Lewis y Wilhite les manifesté en ella que estaba á sus órdenes para escuchar sus proposiciones. Entonces dichos señores volvieron á hacer hincapié en el cambio de la política ferrocarrilera del Gobierno Mexicano, y volvieron también á encarecerme, en nombre del Sr. Dowie, su deseo de llegar á un nuevo arreglo, en vista de las circunstancias.

Sin ser tan acerbos como su jefe, no dejaron de herir mi susceptibilidad, al referirse á la inconsecuencia del Gobierno, y tuve que irles á la mano porque así era mi deber; pues si ellos creen en el Apóstol Dowie y en su buen juicio, yo creo más en el buen juicio de nuestros grandes hombres de Estado que manejan los intereses y regulan los destinos de México.

Pasada esta fricción, les dije que no rebajaba ni un solo centavo del precio fijado; y como me dijeran que lo esencial para ellos y Dowie era la cuestión de tiempo, establecimos el siguiente modo de pago: un 25 por ciento al tirarse la minuta, otro 12 y medio por ciento al plazo de tres meses, y el 62 y medio por ciento restante á pagar á voluntad en los años de 908, 909 y 910, ganando lo insoluto el 6 por ciento anual con la hipoteca de la propiedad vendida.

La única modificación propuesta por el Sr. Lewis fué la siguiente: que tendría que darle al Apóstol, al hacérseme el primer abono, título pleno, sin gravamen alguno, de 20 á 25 mil acres de terreno que ellos escogerían para poder venderlos á los colonos zionistas, que ya habían adelantado dinero á Dowie, al 7 por ciento anual, con garantía de mis propios terrenos.

Acepté esta última proposición para facilitarle al Apóstol la manera de salir de la falsa situación en que se hallaba. Sólo les puse por condición que, para antes del último día de Octubre, me telegrafiaran de Tampico (hacia donde saldrían en breve para conferenciar con su jefe), si aceptaban

ó no mis proposiciones, pues así les daría ocho ó diez días del mes de Noviembre para cerrar el trato, ó para quedar yo en absoluta libertad para entenderme con otros compradores de México y de Nueva York.

No volví á saber de los Sres. Lewis y Wilhite; pero el 31 de Octubre recibí un telegrama del Sr. Dowie en el que me citaba para el 8 de Noviembre en Ciudad Victoria; en donde, para que estuviese á gusto cuidándose de su enfermedad, le había facilitado yo alojamiento en mi hacienda de Tamatán y todas las comodidades que pude lograr en aquel punto.

Como el telegrama de Dowie, llamándome á Victoria después de mi conferencia con sus representantes, no debía haber sido sino el resultado de su aquiescencia á mis proposiciones del 15 de Octubre, no tuve empacho para emprender viaje á dicha ciudad, adonde llegué el 8 de Noviembre en la tarde.

Al día siguiente me presenté en Tamatán, en donde, desde hacía diez días, se encontraba el Sr. Dowie; y después de que me hablo más de hora y media de todo aquello de que quiso hablar, menos del asunto pendiente, me entregó, suplicándome que la leyera más tarde, una carta suya de fecha del día anterior, en la que, modificando nuestros compromisos de Abril y mis proposiciones de Octubre, me daba la sorpresa de haberme llamado para burlarse de mi cortesía para con él, de la hospitalidad que le había brindado y hasta de mi confianza en su honorabilidad como hombre de negocios.

Con efecto, en dicha carta, después de darme la bendición de Dios y de hablarme de su amor á México y de otras cosas muy agradables y poéticas, concluía proponiéndome lo siguiente: que no compraría el total de mis haciendas, sino sólo Santa María y Cuestecillas (426,000 acres, en vez de 760,000), que pagaría á razón de tres pesos mexicanos el acre, pero en esta forma:

«Me daría, al tirar la minuta, diez mil pesos mexicanos; se tomaría un plazo, hasta el primero de Febrero de 1906, para ha-

cer perforaciones en busca de aguas artesianas; de no encontrar esas aguas (aunque sobran corrientes á flor de tierra en aquellos terrenos), dejaría á mi favor los diez mil pesos si no llevaba adelante el contrato; el resto del precio, que hubiera tenido que ser la suma de un millón doscientos setenta y ocho mil pesos mexicanos, me los pagaría en los términos que á continuación se expresan:»

«Después del cebo de los diez mil pesos mexicanos, me daría el primero de Febrero de 1906, dentro del pensamiento del párrafo anterior, noventa mil pesos; en primero de Mayo de 906 me daría cincuenta mil más, y completaría el 25 por ciento del precio de compra hasta el primero de Mayo de 907. En cuanto al 75 por ciento insoluto me lo pagaría en siete años y medio, reconociéndome el 6 por ciento anual.»

Desde luego se comprenderá que la venta en esas condiciones no era un negocio para mí. En efecto, ya no recibía yo el precio de mis bienes en nueve meses, como se había pactado en Abril, sino que tendría yo que recibir la cuarta parte en abonos mínimos, del 12 de Noviembre de 905 al primero de Mayo de 907, y el resto á largo plazo.

Pero lo más notable es que, según la carta-proposición de Dowie, tenía yo que entregar libres de todo gravamen, para Febrero de 1906, diez mil acres, es decir, dos sitios y medio de ganado mayor, en el lugar que el Dr. escogiera, y que había de incluir en la venta todo el ganado, los derechos reales y personales y las demás menudencias de costumbre, edificios, etc., reservándose el derecho de no tomar los animales que no fueran de su agrado, y quedando yo obligado á pagarle á precio de plaza los que él desechara.

Además, se me imponía la obligación de concederle el derecho de exigir de mí, mediante el abono de cinco pesos por acre al precio de la venta, el derecho de vender lotes de no menos de 5,000 acres en el lugar que él escogiera en los terrenos hipotecados, y de que pudiera exigir de mí títulos

libres de hipoteca sobre las extensiones que así vendiera en virtud de mi sumisión á su deseo.

En cuanto leí en mis oficinas de Victoria las temerarias proposiciones del doctor, le escribí una carta, que recibió el 10 de Noviembre, en la cual, después de describirle los antecedentes del negocio con toda prolijidad, le fijaba, por las razones que le expuse, el precio de cuatro pesos mexicanos al acre de tierras solicitadas por él; pero con la condición de que se me pagaría en la forma siguiente: cincuenta y cuatro mil pesos al tirar la minuta; setecientos mil en dos plazos, que abarcaban seis meses, y el millón restante en siete años, ganando el seis por ciento anual, dejándolo en libertad para hacer abonos en la época que él deseara.

También le manifesté en dicha carta que, no pudiendo aceptar sus proposiciones, le presentaba las mías para que me resolviera al día siguiente de una manera categórica, pues deseaba regresar á México para tratar del asunto con otras personas que llegarían á la capital para el 15 del mismo mes.

El Sr. Dowie no mandó su contestación; pero delegó en un apreciable funcionario público del Estado la triste tarea de excusarse y de convencerme de lo conveniente que era para mí doblegarme á sus extravagantes proposiciones.

Como era natural, me negué á que se me impusiera la voluntad potente de Dowie por medios indirectos, ya que su personalidad magnética no me hacía impresión directa.

Con mi resuelta negativa al buen amigo que buscó el Doctor para sondear mi ánimo, acabó este asunto.

Por lo antes dicho, se podrá ver que no fué Dowie quien rechazó mis terrenos, ó quien rehusó comprarlos, sino que yo, descontento de sus proposiciones, fui quien decidí no tratar más con él.

Pero como el Dr. Dowie ha estado hablando en público diciendo que rehusó mis terrenos, y como aumenta su relación manifestando que ha salvado á su pueblo de pérdidas probables si hubiera llevado á cabo sus compras en Tamaulipas y conmigo, debo

decir lo que siento y lo que creo, aunque, por ser verdad, sea motivo de escándalo en Zion City.

Las tierras que quiso comprar el señor Dowie en Tamaulipas son buenas; no es cierto que no sean irrigables: si no las compró, fué por falta de dinero suficiente.

El Sr. Dowie no tiene, á no ser que la haya conseguido en sueños, opción sobre un terreno de un millón de acres en Tamaulipas.

Es falso que tenga opciones por 20.000,000 (veinte millones) de acres en la República Mexicana.

Suponiendo, sin conceder, que esto último fuera cierto, estoy seguro de que no habrá propietario alguno que le venda sus terrenos si el Doctor los quiere comprar en la forma fenicia, cartaginesa ó púnica en que trató de comprar los de mi propiedad.

En efecto, en los terrenos que el Sr. Dowie quiso tomar, Santa María, Cuestecitas, el Cojo, Tancasneque y anexas, mediante los diez mil pesos de cebo, hay ganado que, vendido en conjunto, le hubiera producido, de la fecha de la minuta á la de su tercer abono y antes de entregar la cuarta parte del valor total de la venta, casi el valor total de dicha cuarta parte.

Los diez mil acres que pedía libres de todo gravamen, para vendérselos á sus secuaces, le habrían producido, á los precios de su programa, ciento cincuenta mil pesos, moneda americana, y mucho más, á juzgar por sus libros de propaganda, y porque hubiera tomado lo mejor y más florido del terreno.

Así es que, mediante los diez mil pesos de cebo, hubiera tenido que concederle al Sr. Dowie el derecho de quedarse con mi propiedad á precio vil, para pagármela con la vigésima parte de lo que á él le produjera en menos de cinco años, pudiendo disponer realmente, «ad libitum,» de mis ganados y terrenos y de las variadas riquezas minerales que se encuentran en estos últimos.

Después de las explicaciones anteriores, todo el mundo quedará convencido de que yo, y no el Sr. Dowie, fuí quien se negó á ha-

cer un negocio tan desventajoso para mis intereses y para mi seguridad posterior, si se atiende al mal estado de la salud del Sr. Dowie y á la aparente falta de medios para llevar á cabo, en términos macizos y al contado, una operación de la importancia de la que tuvimos concertada.

Además de estas declaraciones, debo decir que el Apóstol, de una manera senil ó pueril, equivocó el trato cortés de los mexicanos con la imbecilidad.

Acostumbrado á su papel teocrático, pudo sacar de su rebaño más de trescientos mil pesos americanos para la conquista moral y material de México, dando como garantía bonos al 7 por ciento anual, redimibles en diez años y cambiables por los terrenos que dijo tener comprados en México, cuyos títulos estarían en su poder para el 15 de Octubre pasado. Pero si sacó esos dineros de los ahorros de su confiada grey, no pudo sacarle al Gobierno Mexicano concesiones para una colonia imaginaria, que no existía sino en sus prospectos y en las columnas sagradas de su periódico oficial, ni para beneficiar terrenos que no eran de su propiedad, aunque así lo creyeran los felices habitantes de Zion.

Tampoco pudo hacerse de mis terrenos por obra del Espíritu Santo, pues aun cuando podrá curar con oraciones, éstas no son moneda corriente en este país para llevar á cabo transacciones comerciales.

El Sr. Dowie parece ser, por su edad al menos, un hombre respetable, y, por su poder profético, un segundo Elías, y por la pretensión de sus ideas morales, políticas, socialistas y humanitarias, un nuevo Tolstoy. Merece, pues, todos mis respetos: pero, por su modo de tratar en terrenos y de proponer el pago de ellos, me parece un hombre peligroso en demasía, sobre todo, cuando, no pudiendo conseguirlo, le causa asco el bien apetecido.

Me apena sobremanera lo que ha pasado y el haber tenido que tomar la pluma para dar al público las explicaciones del caso pues, como dije al principio, no gusto de la notoriedad, pero me consuela el hacer

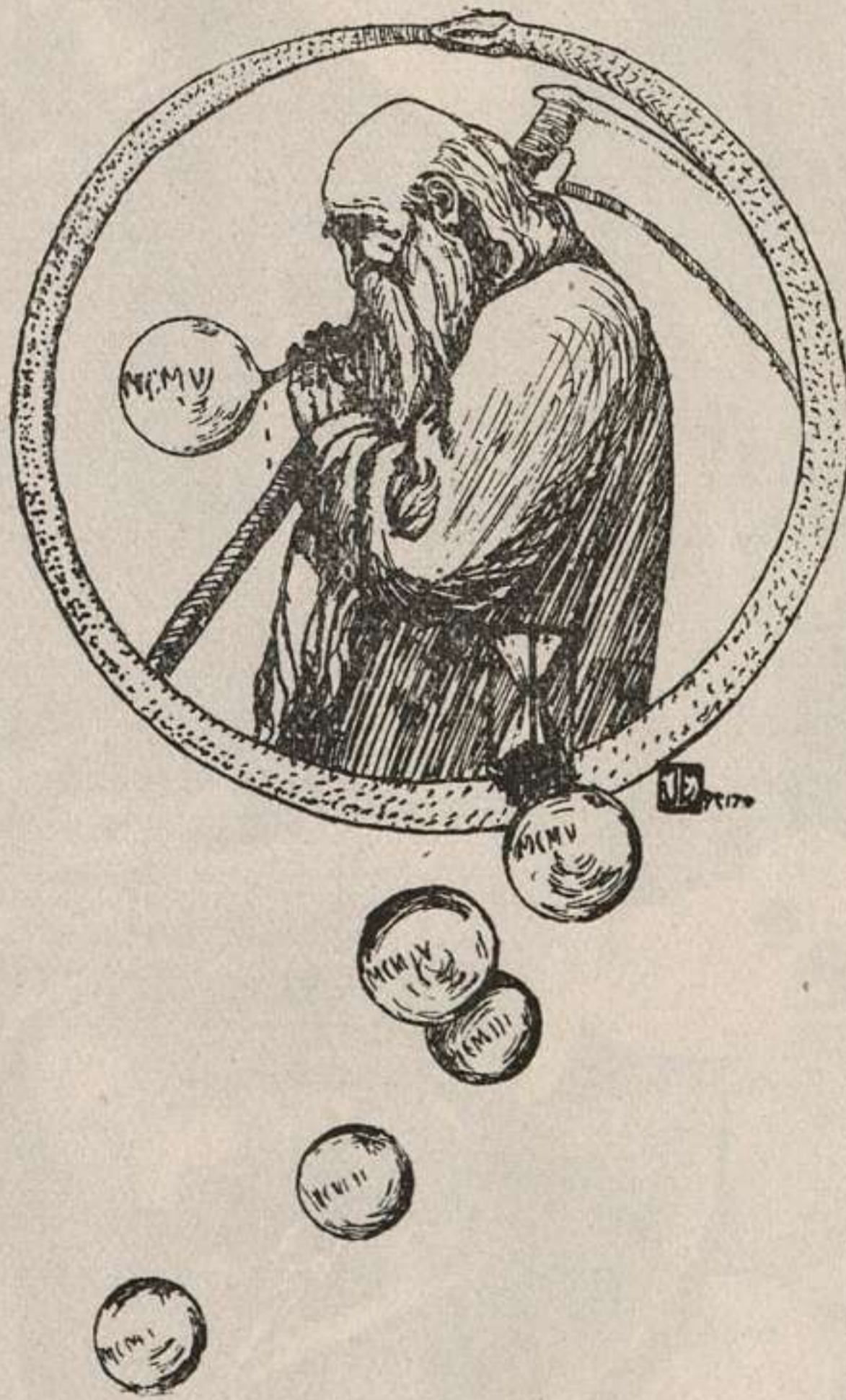
constar que ni yo, ni menos el inteligente Gobierno Mexicano, fuimos sugestionados por el Apóstol de la Iglesia Católica, Apostólica y Cristiana de Zion.

Dando á Ud., señor, las gracias, por la publicación de esta larga carta, quedo su antiguo amigo y atento seguro servidor que todo bien le desea.

MANUEL GONZALEZ, JR.

* * *

Publicamos esta carta, porque la creemos oportunamente escrita por su autor, dado el momento que atravesamos de engreimiento en los negocios con ciudadanos americanos, los que, á las veces, justifican aquello de «que no todo lo que relumbra es oro.»





El Sr. Ingeniero D. Blas Escontría.




EL SR. INGENIERO D. BLAS ESCONTRIA

El país acaba de sufrir gran pérdida con el fallecimiento del Sr. Ingeniero Don Blas Escontría, Secretario de Estado y del Despacho de Fomento. Fué el Sr. Escontría un hombre inteligente, sano y útil. Los servicios públicos del ilustre desaparecido, tanto en el Estado de San Luis Potosí, como en la capital de la República, fueron importantes. Nacido en 1847, su edad no hacía esperar un fin tan inmediato. Enfermedad que comenzó traidoramente, como pasajera, y de pronto asumió carácter de gravedad suma, alarmó, con días de anticipación á su fallecimiento, á la Sociedad de México; y, al fin, con hondo sentimiento general, rindió el último aliento, rodeado de su distinguida familia y de sus distinguidos amigos, el día 4 del presente, á las seis horas y diez minutos de la mañana. Las muestras de cariño que recibió el Sr. Escontría de todas las clases sociales, da la medida de la estimación en que se le tenía. El Sr. Presidente de la República, el Sr. Vicepresidente (ya restablecido de su última enfermedad), senadores, diputados, magistrados, gobernadores, banqueros, industriales, periodistas, el mundo entero, desfiló por la casa del paciente durante el tiempo que duraron sus males. El Sr. General Díaz tomó especial interés por el estado del distinguido enfermo.

El cadáver fué conducido á la Estación del Ferrocarril Nacional, de manera digna al alto rango que ocupaba en el gobierno de México, para ser trasladado á San Luis Potosí, donde fué sepultado con todos los honores que la población de aquel lugar le debía, como á uno de sus más eminentes ciudadanos.

Que su afligida familia logre alcanzar toda la resignación necesaria en tan luctuoso caso.





Los Reyes Magos.—Dibujo original de Jorge Enciso.

EN LA GENA DE SAN SILVESTRE

¿Ves esas flores que su gala ostentan
en medio de la mesa del festín,
y su perfume en el ambiente avientan,
transformando la mesa en un jardín?

Así mi corazón, lleno de gozo,
siempre puro, gentil, amante y tierno,
revienta en flores, con un tiempo hermoso,
lo mismo en primavera que en invierno.

Todo en redor, en cambio, se envejece;
los ojos están tristes y sin brillo;
los semblantes, también empalidecen,
y tiembla, entre las manos, el cuchillo.

Oh, ¿qué terror insólito os arredra
al saludar así, el nuevo año?
¿el convidado acá, viene, de piedra,
ó esperáis del destino ignoto daño?

Es que la juventud se va, se pierde
del tiempo en la vorágine sombría,

y la tarde, en su veste de oro y verde,
nos va anunciando el término del día.

Y bien! ¡qué fuga de la luz! los montes
irguen y tiñen la nevada cumbre;
y arden, rojos, los anchos horizontes
en pira inmensa de fulgente lumbre.

En púrpura se emboza el sol que muere;
y oculto ya, detrás de la montaña,
manda aún su fulgor de rosa leve
al ligero celaje que se empaña.

Es un triunfo su muerte. Así nosotros
hagamos en la meta de la vida. . .
Nuestra conciencia es la victoria, otros
lloren aquí la juventud perdida.

Encubre bajo el ala la cabeza
el ave cabe su caliente nido;
y allí empieza á soñar en la belleza
del prado, entre las abras escondido.

¿No miras cómo brotan las estrellas
en la clámide negra de la noche?
¿Ves en el lago las ebúrneas huellas,
que ya la luna desató su broche?

La vida tiene un fin: el de ser buenos.
Juntos cruzamos el acervo humano
los labios de consuelos siempre llenos,
de caricias y pan, llenas las manos.

La muerte, la existencia jamás trunca;
en el Orbe la vida no termina;
el sol se ausenta, no se apaga nunca,
ni se detiene, no, siempre camina.

Cuando durmamos el eterno sueño,
bajo la madre tierra cariñosa,
verás cómo ella, en su constante empeño,
hace la tierra de la tumba hermosa.

Oh! Amada, nos espera nueva palma.
Si al festín no acudiéramos un día—
es la Naturaleza buena y pía:—
entre las flores volverá tu alma,
entre las flores volverá la mía!

JESÚS E. VALENZUELA.



REVISTAS Y ALMAS

Revista Contemporánea. Bogotá.
Director: B. Sanin Cano.

De un tiempo, no remoto, viene tratada por expertas plumas de críticos y de artistas, tanto en España como en Hispano América, una interesante materia literaria: ¿tienen ó no los pueblos de América de origen español, derecho á una literatura, ó son simples provincias españolas, cuya exteriorización artística, ó literaria, ó poética, está dentro del arte, la literatura y la poesía española? De cuantas críticas he leído sobre esta cuestión, ninguna la ha tratado con los lentes claros, color de agua, de un análisis desapasionado.

Los españoles, cuya principal virtud es el orgullo —virtud enemiga de la ciencia,— no han tomado en cuenta para juzgarnos, sino la lengua y la raza de la cual surgimos, sin tomar como elementos descomponentes y evolutivos de esa misma lengua y de esa misma raza, que ellos trajeron, como regalo de dioses, el ambiente agresivo de nuestra naturaleza y la raza indígena, todavía errante y no contaminada por algunos parajes de nuestras selvas. Es indudable que el español evolucionó en contacto con el país conquistado en aquellas arduas y esplendorosas empresas, que han hecho de la conquista de América, uno de los poemas más grandiosos

que en la historia tiene España; y la lengua misma sufrió los magullamientos y las invasiones de otras voces extrañas al genio de la cual surgió.

Hombre y lengua evolucionaron paralelamente, dando vida á un tipo social completamente nuevo, sólo unido á sus antiguas fuentes originarias, por recónditas reminiscencias obscuras, tal como una ambigua flor de ingerto, conserva en la maravilla de su original belleza un vago recuerdo de las antiguas formas maternas.

Esas mismas recónditas reminiscencias se notan en la producción literaria de algunos hispano-americanos, que llevan en el alma la obscura é inconsciente añoranza de dos civilizaciones difuntas: la española y la india. No se puede esperar del hispano-americano una literatura francamente definitiva española ó americana, sino una vacilante literatura ambigua, mezcla de ambas, una literatura crepuscular y enfermiza, que participe de las melancolias de los desarraigados españoles y de los indios vencidos.

Se nos ocurren estos pensares, con motivo de un prólogo á un poema americano, del poeta Maximiliano Grillo, que trae la *Revista Contemporánea*. *Raza vencida*, se titula el poema, que pronto circulará por América, y que vendrá á formar, jun-

to con *Tabaré* y otros poemas de la misma indole que han aparecido en algunas de nuestras dolorosas repúblicas, la exteriorización psicológica y artística, de una parte de nuestra alma, que si es indígena por un lado, es española por el otro. Lo que de añoranza indígena tenga el alma del poeta Grillo, se refugiará en la urna castellana de su verso, sin ser obstáculo á que en las cinceladuras de esa urna se observen reminiscencias de la manera que tenían de repujar el oro, viejos artífices españoles.

Por estas mismas divinas leyes de herencia que constituyen el alma hispano-americana, dudo mucho que un poeta de pura alma española, pueda cantar los temas líricos que un Chocano ha exteriorizado, en las admirables rimas de su obra poética *Alma de América*.

Lo que de españoles tenemos, vaya á España en formas líricas, como un vínculo que con ella nos hermana, pero vayan también estos poemas indígenas como resplandores crepusculares de la sangre que produjo á los incas finos y sensuales.

Repertorio histórico. Medellín.

Directores: José María Mesa Jaramillo,
Sanuario Henao y Sebastián Hoyos.

Organo de la Academia Antioqueña de la Historia es esta revista, cuyos primeros números hemos recibido, y que viene nutrida de interesantes trabajos, que honran la labor investigadora y paciente de sus directores, personas muy interesadas en el esclarecimiento de los hechos pasados, como que ellos constituyen el tesoro inmaterial de los pueblos.

De su material literario nos llama la atención, puesto que es tocante á nuestra patria, como que es de vida universal, un breve estudio, autorizado por la firma de uno de sus directores, el Sr. Sebastián Ho-

yos, sobre un reciente libro, titulado *Cuentos y Cantares*, que es una recopilación de los cuentos y cantares, anónimos que corren en los labios del pueblo, la mayor parte de las veces, lánguidas y finas urnas de poesía, donde solloza ó canta el alma nacional.

Entre nosotros no se ha hecho todavía, que yo sepa, una edición de este romance-ro popular, romancero en el cual hay diamantes de aguas cristalinas, y perlas de tan dorados orientes, como los labrados á fuerza de sabiduría y paciencia, por más de un dilecto forjador de rimas.

No solamente, como observa el crítico de quién hablo, sirven estas canciones anónimas para expresar al alma observadora del sociólogo, la psicología y el estado social del pueblo que las crea, sino que ellas constituyen el alma de una literatura, así como en los aires populares de música se aspira el perfume de las naciones. Son un tesoro ideal que nos pertenece, como es nuestro el tesoro de hechos nobles ó ruines de la historia.

«En el pueblo, sobre todo en el pueblo noviciado, quien, por las exigencias de la civilización, hay siempre un poeta espontáneo, sentimental y sencillo, y un cuentista original y fecundo» —dice el Sr. Hoyos.

Nosotros participamos de esa misma opinión, y creemos que si, en nuestras batallas líricas, no descendemos al fondo obscuro, vacilante y melancólico de nuestro pueblo, nunca sacaremos, como una inclita gema, toda fulgores, esa fuerza lírica, ese ímpetu noble, ese perfume intenso, que, como una savia misteriosa, debe animar todas las obras de arte, que, por estar henchidas de vida inmortal, puedan dedicarse al tiempo y á la esperanza.

El Figaro. La Habana.

Director: Manuel S. Pichardo.

Rubén Darío nos habla de un poeta joven de España, de Ramón Pérez de Ayala, cuyo nombre —observa Darío— trasciende á líricas vejeces, á pergaminos venerandos y á flores secas halladas en un breviario de Arcipreste enamorado de las musas. No obstante las evocaciones que sugiere el nombre de este joven poeta español, su manera artística se inclina á la escuela modernista, siendo en España, sin caer en vulgares imitaciones, una alma pálida, lánguida, enfermiza, femenil —á lo Juan Ramón Jiménez,— el cantor del melancólico ruido de las carretas, de los largos caminos solitarios, de los otoños sobre las aguas, y de todo lo que en vida es lánguido, agonizante, desfalleciente.

La Paz del Sendero se llama el libro del nuevo español, descubierto y consagrado y listo para la exportación á América, por el benévolo mago de las «Prosas Profanas.»

Tiene la canción de Pérez de Ayala, como la mayor parte de las de Juan Ramón Jiménez, una lacrimosidad beateril, que nos obliga á pensar en que sus autores ante la vida, que es honda, y cruel, y dulce, y fina, y la naturaleza que es amorosa y sensual y triste, toman una actitud de mogigatos. Hay muchos modos de llorar retóricamente; pero estas lágrimas confitadas, estos suspiros abrigados, estos sollozos de repostería, no nos resultan.

La Quinceña. San Salvador.

Director: Vicente Acosta.

Creemos, y tal vez no sea nuestra la observación, que para sentir y apreciar una obra de arte, es necesario comprenderla. Y para comprender el arte son inevitables una fineza de nervios, que la naturaleza

no puso, pongo por caso, en el sistema orgánico de un paquidermo.

Así, reconocemos en quienes poseen el tesoro de una sensibilidad exquisita, cierto derecho divino, que les concede el derecho de ejercer las altas funciones de la crítica.

¡Cuántos no encuentran en la vida la inutilidad de las rosas! ¿Y cuántos, como en el célebre párrafo de Víctor Hugo, se indignan contra la primavera, por haber dado vida á un número excesivo de ruiseñores? Estos honorables señores, para los cuales hay muchas cosas sin alma en el mundo, porque ellos no se la miran, á veces se encargan de negarnos el encanto de algunos versos, que, por desgracia suya, no comprendieron.

¿Quién tiene la culpa de que un sordo no oiga tu divina música, ¡oh! celeste filomela?

Un soneto de Rubén Darío termina con este terceto:

No busques en mis gestos el alma de mi faz;
quiere lo que se aquieta, busca lo que reposa,
y ten como una joya la perla de la paz.

Este claro terceto, transparente como la más ingenua y pura linfa, le parece á un ortodoxo crítico gramatical que, tras la pantalla de un seudónimo, firma unas críticas literarias en la siempre interesante revista salvadoreña, nada menos que una charada china.

Defender hoy á Rubén Darío, y la escuela que él y tantos otros han hecho coronar de rosas y de laureles, es tarea que no seduce nuestra pluma. Ya es esa una batalla cumplida y ganada; pero lo que sí es motivo de verdadera amargura, es que haya todavía paráliticos del alma, que le cobren á los demás el ímpetu glorioso de su vuelo.

El crítico de *La Quinceña* deber ser persona entrada en años, académico, pro-

fesional tal vez, y persona muy honesta y comedida de la sociedad salvadoreña. Para él todos nuestros respetos, en cuanto no toque la clámide armoniosa ni intente desplumar cisnes, ni medir por metros los rayos que envía á la tierra la luna.

El Mundo Ilustrado. México.
Director: Luis G. Urbina.

Los últimos números de *El Mundo Ilustrado* de México, no traen, á excepción de algunas páginas hermosas de literatura extranjera y de la sección, siempre honda, delicada y sentida, á cargo de su director, el exquisito Urbina, nada especialmente notable, de la culminante literatura mexicana.

Díaz Mirón, Nervo, Tablada, Valenzuela, permanecen mudos. En cambio los Juan Pérez, José González, Luis Gutiérrez, y toda la falanje fecunda de los anónimos, invade la prensa literaria, con la vacuidad de sus rimas y sus prosas papandujas. Para imitar una imagen de *Henri Heine*, muchas veces en *El Mundo Ilustrado* vemos una rima de Urbina, oculta entre esa vana producción mental, como un rayo de luna, envuelto en paja.

A. FERNÁNDEZ GARCÍA.

¿Y por qué nuestro amigo Fernández García se olvidó de hojear la *Revista Mo-*

derna, ¿adonde Tablada, Nervo, González Martínez, publican frecuentemente sus producciones? Nosotros, sin negar en nuestras columnas campo á los hombres de letras que empiezan, procuramos siempre lo mejor de lo mejor de nuestros aquilatados literatos. Díaz Mirón permanece mudo porque se ocupa de un nuevo libro suyo, y repugna al excelso vate publicar en periódicos sus admiradas producciones. México posee varios notables autores en verso y prosa, y en el fondo es justa la filípica del *Cojo Ilustrado*, pues quizás la *Revista Moderna* es el único periódico ilustrado de México que se empeña en ofrecer á sus lectores cosas nuevas de reputados autores nacionales, no obstante su legendaria pereza (la de los autores), digna del famoso verso,

y sólo la pereza
no levantó del suelo la cabeza.

Por lo demás, la indolencia, ó la mala retribución de los trabajos literarios en México (tal vez en toda la América española), son la causa de lo exiguo de la buena producción literaria y de lo abundante de la paja de que habla *El Cojo Ilustrado*.

Nos es grato, sin embargo, reproducir lo que sobre revistas colombianas, cubanas y salvadoreñas (en esta redacción apreciamos mucho *La Quincena* de nuestro amigo el poeta Vicente Acosta) escribe el Sr. Fernández García en su muy interesante sección del *Cojo*, intitulada *Revistas y Almas*.

EN EL ALBUM DE MARIA CASTRO

(Para festejar sus catorce primaveras).

Hoy se han ido á las praderas
tus efébicos cantores;
y sus liras zalameras
te han buscado compañeras
en las flores.

Si eres flor, las amapolas
y los lirios y el clavel
te dirán, llorando á solas,
que, si hay miel en las corolas,
va el gorrión tras de la miel.

A sus voces presta oído,
¡oh capullo corazón!. . . .
Cierra el broche humedecido
cuando escuches el zumbido
de las alas del gorrión.

SANTIAGO ARGÜELLO.

León, Nic. 1905.

El Sr. Gral. D. Manuel González Cosío.

El Sr. Gral. D. Manuel González Cosío, Ministro de la Guerra, ha sido ascendido á Gral. de División, por el Sr. Presidente de la República. Veterano de Ayutla, la Reforma y la Intervención francesa, muy merecida tiene la honra que ha recibido el Sr. Gral. González Cosío. Consignamos un episodio de su vida militar, relatado en el interesante libro del Sr. Gral. D. Jesús Lalanne: *La Defensa de la Plaza de Puebla de Zaragoza en 1863*, publicado en 1904.



«El hoy Ministro de Comunicaciones, Gral. Manuel González Cosío, era ese día (25 de Abril), uno de los defensores de Santa Inés; mandando su batallón, que era el 3.º de Zacatecas, defendía la planta baja del edificio. Al concluir la acción, el Gral. González Mendoza ordenó se llevara todo el armamento quitado al enemigo al patio del edificio que ocupaba el Cuartel General. Los batallones 3.º y 5.º de Zacatecas (Coronel Miguel Auza y Teniente Coronel Manuel González Cosío), al

ser relevados del punto que tan gloriosamente defendieron, desfilaban frente al Gral. González Ortega y el E. M. del Ejército.

Al desfilár el 3er. Batallón, notaron todos que dicho cuerpo iba armado con carabinas Minié y sus correspondientes marrazos. El General Cuartel Maestro, interpeló al Teniente Coronel Cosío, respecto á ese armamento, y la contestación de este Jefe, fué tomar cualquiera carabina de las que llevaban los solda-

dos y mostrar la marca 3-B-Z, que lo mismo indica 3er. Batallón de Zuavos, que 3er. Batallón de Zacatecas. Mucho se cuidó de no enseñar la marca completa: 1er. Regimiento de Zuavos, que estaba en otro lugar. El General en Jefe, dispuso quedara en poder de los soldados el armamento tan valientemente conquistado.

Al felicitar al Sr. General González Cosío por su ascenso, felicitamos al Jefe del Estado por el acierto con que reparte los honores y las recompensas.

EGO TE ABSOLVO

I

Bajo sus boinas azules, ennegrecidas por la pólvora, sucias por el polvo de los caminos, los soldados de Miralles tienen traza de bandidos, con su piel quemada, y barbas y cabellos incultos. Hace cinco largas semanas que se arrastran por los caminos, casi sin dormir, apenas descansando, tiroteando sin cesar, y con creciente rabia.

¿No acabarán por fin con esos bandidos republicanos? Don Carlos, sin embargo, les había prometido que después de las fatigas de Estella, la España sería de ellos. Todos tienen sed de venganza y de sangre, y es la alegría de derramarla lo que los mantiene en pie, por cansados y agotados que se sientan.

Vascos, navarros, catalanes, hijos de desterrados muertos de hambre y de miseria en suelo extranjero, tienen cóleras de fieras, contra esos regulares que les disputan el paso de las planicies de Castilla, el camino de los palacios adonde han jurado volver á colocar al rey legítimo, para repartirse sobre las gradas del trono restablecido, las dignidades del reino y las riquezas de los vencidos.

Entre esos montañeses, y los hombres de los nuevos partidos, no hay más que

rencores políticos; hay, sobre todo, y antes que todo, una antigua cuenta de asesinatos impunes, de saqueos y de incendios sin revancha.

Por eso, cuando un soldado de Concha les cae entre las manos, ay de él! Pagará por los otros, por los que escapan.

—Hay que morir, hermano, le dicen adosándolo á una roca.

El hombre se persigna, y apenas baja su mano en un lento *Amén*, los fusiles, alineados á diez pasos de su pecho, vomitan la muerte.

El hombre cae como un fardo, y nadie vuelve á hablar de él.

Los buitres de los Pirineos hacen lo demás.

Si, con su sotana arremangada, el cura Miralles, un hombrecillo repleto y encorvado, de ojos oblicuos, pasa cerca de los fusileros, cuelga su fusil de su cinturón, y absuelve ó bendice al moribundo con rápido gesto.

A veces, sin apartar sus miradas del antejo marino, que le sirve para inspeccionar rocas ó bosques de encinas, confiesa al prisionero.

¡Vamos! ¡que un general es responsable de la vida de su tropa!

Republicano, sí, pero también católico,

el regular no parece sorprendido por ese extraño y doble oficio de padre soldado.

Es necesario que lo confiesen, puesto que van á fusilarlo, ¿y no es perfectamente natural que se le fusile puesto que se ha dejado coger? Si él fuera el que cogiera á alguien, á su vez lo fusilaría.

Esta lógica satisface plenamente las débiles exigencias de su cerebro de campesino arrancado á la gleba, para humillarse bajo el arnés militar.

Y luego, ¿para qué razonar con ese hecho brutal, la muerte amenazadora, inmediata, ineludible?

Puesto que eso debe suceder, se trata únicamente de hacer bien su maleta para presentarse en buen orden, para hacer su entrada en el inevitable más allá.

II

Aquella tarde, como el sol se ocultara, Pedro Carrega estaba de centinela en el caos de Mallorca, cuando una mujer y un mulo dieron vuelta por el camino de Buenavista.

Al acaso tiró.

Fué el mulo el que cayó. La mujer corrió á él antes de que tuviera tiempo de volver á cargar, y cuando la tuvo al extremo de su fusil, el Navarro no pudo tirar.

La mujer era hermosa, tentadora, con sus largos cabellos negros cayendo en cascada hasta sus pantorrillas, sus labios rojos, sus ojos brillantes.

Pedro Carrega, por su prisionera olvidó la querrela de Don Carlos y de la República.

Además, la mujer, que tenía miedo, le juró que adoraba al *rey neto*. Le probó que no detestaba las caricias perfumadas con pólvora de guerra, y que Pedro Carrega era, si no el más bello de los mortales, sí el más halagado de los vencedores,

entre las grandes masas de piedra del caos de Mallorca.

Los dos brazos de la prisionera rodeaban aún con un collar palpitante el cuello de bronce de Carrega, cuando Joaquín Martínez vino á relevarlo.

—¡Eh! dijo, poco á poco, señor caballero. Las noches son frescas. No es bueno dormir sin manta, camarada. Veo que eres hombre precavido: pabellón de cabellos; por bufanda brazos tibios y frazada de carne blanda. ¡Pero ahora es mi turno, amigo!

—¿Tu turno, desgraciado? Donde Carrega reina, no hay dos reyes. Si las noches son frescas, ve á calentarte contra esa mula que ha tirado mi carabina, ó anda á matar otra. Mi botín es mío, como la Navarra es del rey Carlos, hijo de Judía.

Joaquín Martínez se echó el arma á la cara, é iba á tirar, cuando la mujer, de un salto de salvaje, desvió el fusil, é hizo que la bala se perdiera en las nubes.

Alzando los hombros, Martínez arrojó el arma descargada, y de un navajazo en pleno vientre, derribó á la prisionera de Carrega.

—¡Cuerpo de Cristo! aulló el navarro, lanzándose hacia delante y blandiendo su carabina.

Pero un nuevo golpe de la terrible navaja, suspendió en sus labios la kirial de las blasfemias.

Con un espumarajo en la boca se desplomó en el charco de la sangre que vertía el cuerpo de la mujer destripada.

Al ruido del balazo, Miralles, seguido de algunos hombres, acudió.

Martínez no intentó negar la querrela.

Con sus ojos de arcadas casi despojados de cejas por el estallido de un mal fusil, el cura bandolero abrazó toda la escena.

—¡Puercos! gruñó. ¡Veamos á la hembra! Hermosa muchacha, mal arreglada

con un perro navajazo. ¡De mucho te sirvió, valiente imbécil! A lo menos Carrega se dió gusto. Vamos, hijo, prosiguió dirigiéndose á Martínez, que no le quitaba la vista, es un primor eso de querer robar el botín de un camarada. ¡Hola! Ustedes déjenme confesar á este hereje; nadie los necesita por aquí. Di tu «confiteor,» Martínez, y haz el acto de contrición.

—*Ego te absolvo*, murmuró Miralles con un gesto de bendición. . . . Puercos,

condenados, hijos de perra, que se degüellan por una hembra!

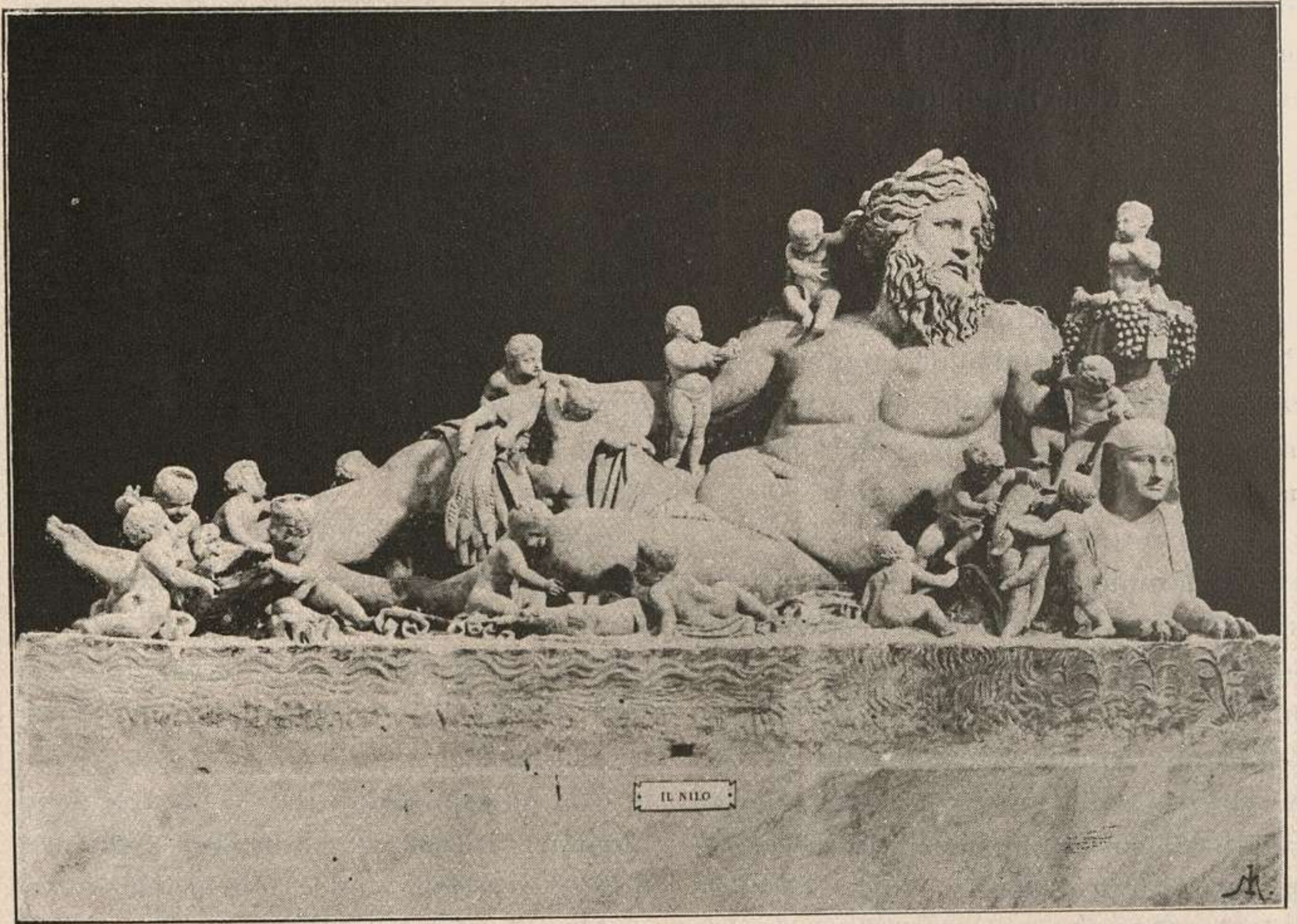
Luego, apuntando al hombre, brusca-mente con su fusil, le voló los sesos sobre los dos cadáveres.

—Si dejara uno obrar á su antojo á estos canallas, gruñó sordamente, pronto no tendría ejército el rey Carlos!

OSCAR WILDE.

(Traducción

para «Revista Moderna.»)



«El Nilo.» Museo Vaticano.—Roma.

A JUSTO SIERRA, jr.

El desdén misterioso en la tenue sonrisa,
En los ojos azules la mirada serena,
Y en la frente la rubia y encrespada melena,
Vas cruzando las ondas sin rencores ni amor.

No se sabe tu anhelo ni se ve tu divisa,
Y creyérase al ver tu impasible semblante,
Que de antiguas regiones eres último atlante
Ó de siglos remotos un genial precursor.

Al acaso parece que tu barca traspone
Latitudes ignotas, y es que nadie supone
Hacia qué mundos nuevos endereza el bauprés.

Mas en pos de algo bello impertérrita avanza.....
¡Quién pudiera mirar en la gris lontananza
De las horas de ensueño, el ideal que ves!

México, Noviembre de 1905.

SANTIAGO K. SIERRA.

DISCURSO

Pronunciado, el 16 de Enero de 1906, por el Sr. Lic. D. Justo Sierra, en la inauguración de la estatua del Sr. Dr. Sierra, en Mérida.

El Ayuntamiento de Mérida ha deseado que los hijos de D. Justo Sierra fuesen testigos de este acto digno de un gran pueblo y digno de un hombre que dió vida á su obra con la savia de ese pueblo, para hacerla florecer de amor, de amor por su tierra, por lo de su tierra, por los de su tierra.

Y yo vengo en nombre de los aquí generosamente convocados á daros reverentemente las gracias. A dárselas al noble y entusiasta donador de la estatua, á la ciudad que la apadrina y festeja, al Gobierno del Estado que la aceptó y erige, á la gente que cubre y consagra estos actos con su grande y soberano aplauso.

Porque aquí todos tenemos la plena conciencia de que mucho habrá que censurar en la vida política del hombre de bien, que hoy conmemoráis; pero nada, ningún error, ningún empeño, ninguna falta que no haya tenido por móvil el amor, el profundo y apasionado amor por Yucatán, que se exaltaba hasta tomar proporciones trágicas, hoy incomprendidas, en los días de desgracia, de agonía y de muerte del país amado.

Respetemos esto, señores, respetemos á quienes practicaron anticipadamente el consejo del preclaro sabio español—«á patria chi-

ca, alma grande»—y velemos piadosamente su memoria absuelta con suprema bondad por la Patria grande, que ese día fué semejante á Dios, que ese día se convirtió para siempre en la Patria sola, en la Patria única, la que ellos nos enseñaron á amar sobre todas las cosas en la tierra, la que nosotros, á nuestra vez, enseñamos á adorar religiosamente á nuestros hijos.

Yo comprendo (no con mi cariño nada más, no sólo con mi imperecedera devoción filial) que ofrezcáis coronas y palmas á quien enriqueció el tesoro de vuestras emociones literarias con vuestra propia historia y con la historia de su alma unimismadas en una obra de arte; pero comprendo también que lo consideréis como un hombre representativo, como un símbolo de este Yucatán nuestro (hablo de la Península entera, toda ella es una patria para mí), que á compás de la más dura, de la más sangrienta, de la más premiosa y desesperada labor de que hay memoria en el mundo latino-americano, tuvo el oído siempre atento á la música de las liras que ensalzaban ideales puros de sentimiento y de fe, á la voz de los que le contaban las olvidadas leyendas de su pasada historia, en narraciones llenas de encanto y

de drama, ó que en cuentos prestigiosos comunicaban la sensación trágica que produce la revelación total de cualquiera vida humana, cuando el narrador sabe hacer vivir de nuevo aquello que él mismo ha vivido. Yucatán descansaba de la improba faena, oyendo á sus literatos y escuchando á sus poetas, revelarles sus propias ensoñaciones traducidas en cantares románticos, que fueron el embeleso de nuestras madres, y que todavía hacen vibrar á veces pianos y vihuelas, y vibrar también nuestros recuerdos y estremecerse en el fondo de nuestro ser añoranzas melancólicas. Uno de esos embelesadores, no un poeta, pero sí un imaginador, era el Dr. Sierra; su amor á forjar historias al margen de la historia real que con santa pasión resucita, no lo abandonó nunca; ni en el camino del calvario que recorrió su espíritu de yucateco en los días en que sentía cómo se iban extinguiendo las palpitaciones del corazón de su heroica tierra, ni en el otro «vía crucis» de los sufrimientos físicos y morales que abrieron su tumba en plena vida, en plena inteligencia, en plena angustia por el destino de su familia y la suerte de la Patria.

* * *

Al llamarnos á esta impresionante fiesta, nosotros hemos llamado también á quienes debían concurrir á ella con nosotros; casi todos están muertos: llamamos á nuestros muertos. Y los traemos aquí, los traemos redividos en el fondo de nuestro corazón, para que den testimonio de vuestra justicia y de nuestra honra.

Es un grupo de sombras, entre las cuales algunas coronan, forman cima, reflejan la indeleble luz de ultratumba. . . .

Una de ellas vaga en torno de la estatua del padre con la corona ensangrentada, antorcha apagada por la impiedad satánica de la suerte en el momento en que comenzaba á arder con inmensas energías, en que iluminaba con virtudes soberanas, con mentalidades excelsas. . . . Mi pobre hermano, que

se llevó á la tumba lo mejor de mí. . . . Aquí están, en clara epifanía para mí, los espectros de las monjas inmaculadas, cirios de inefable blancura, que ardiendo siempre ante el altar, hicieron de su vida un perfume quemado ante Dios en los cálices de azucena de sus almas lejanas que aletearon siempre, no fuera del dolor hondamente sentido, pero sí fuera del mal dulcemente ignorado; grandes alas virginales tendidas como escudos sobre la familia de los Sierras. ¡Cómo no recordarlas, cómo no amar su recuerdo si sus alburas de hostia iluminaron nuestra infancia, si desde aquí, desde la vejez, me parecen como celestes «aves marías,» cantadas en la sombra del convento, que prolongan sus perspectivas de ensueño por los claustros del Paraíso.

Y el gran antepasado, el gran abuelo, medalla de agosto perfil romano, incrustada en la epopeya trágica de vuestra historia y fundida en el bronce que fluyó de la mezcla de altísimas miras de errores que se han sindicado de culpables, de amor sin límites á su país y de un carácter típico de ciudadano y de hombre. . . . Y ya que al pie de ese pedestal sólo puedo hablar con evocaciones, te evoco á ti, la que compartistes la cruz, la que comulgaste con el que aquí glorificamos en el mismo cáliz de amargura, la que fuiste perdón para la flaqueza, serenidad para la conciencia, sacrificio para el dolor de la vida, luz para la inteligencia que creaba amor, para el corazón que sufría. ¡A la que nosotros rogamos, á la que nosotros bendecimos, á la que llamaremos en la hora de la muerte. . . . santa madre nuestra!

* * *

No me tengáis á mal, mis caros coterráneos, ni carguéis en cuenta á mi vanidad profesional (soy literato) estos arranques de doméstico orgullo. Soy de pura sangre plebeya, como lo somos todos los que ignoramos quiénes son nuestros tatarabuelos y tenemos por ancestro un solo gran abuelo anónimo, el pueblo; nuestros títulos tie-

nen que ser los merecimientos de nuestros padres, sus virtudes nuestras ejecutorias, la veneración de su recuerdo nuestra nobleza, y yo todo eso os presento aquí para ayudaros á autorizar ante vuestros propios ojos la justicia de este conmovedor homenaje.

Y toda fiesta del género de la presente será, no lo dudéis, una conmemoración de los muertos: porque cada historia es un panteón inmenso, un cementerio cada alma y un camposanto cada corazón. Vivimos en perpetua comunión con los que han sido, están vivos en nuestro pensamiento y nuestra acción, y por medio de nosotros gobiernan el mundo é informan lo porvenir.

¡Cuántos de quienes hace cuarenta y cinco años acompañaban á su final morada los despojos del Dr. Sierra formarían aquí, en derredor de este monumento, la grave y solemne teoría de la muerte . . . ¡Veo el cuadro, el lúgubre cuadro que mis ojos de adolescente detallaban atónitos. . . . Allí estaban el rector Delgado, el hermano querido de mi padre; Anselmo Cano, que hacía llevar los últimos dolores á fuerza de humorismo y buen humor; José Antonio Cisneros, una idea encarnada más bien en una energía que en un hombre, sosteniendo amorosamente los pasos que se acercaban con ineluctable rapidez al sepulcro; el General Zepeda, conmovido en el fondo de su rigidez de paladin; Agustín O'Horán, docto, sereno y contristado, confesando junto al lecho de agonía la inhabilidad de la ciencia; José Solís y Dondé Preciat, disputando la sagrada presa de la muerte con una especie de juvenil entusiasmo. Y el grupo de los literatos en fruto ó en flor, García Morelos, Esquivel, Perfecto Solís, el discípulo amado; Bernardo Calero, Fabián Carrillo y los presbíteros Crescencio Carrillo, lleno de buena ambición y de sana ciencia, y Norberto Rodríguez, todo ternura y fe, y muchos otros, Ramón Aldama, Manuel R. Castellanos. . . . Cabezas henchidas de pensamientos y devoción por el arte, algunas ya coronadas por la gloria, inclinándose reverentes ante el féretro del maestro y del ami-

go, que había sido maestro porque había sido amigo . . .

Vivos hay que dan testimonio de la verdad del para mí inolvidable cuadro: aquí tenéis el preclaro ciudadano que os gobierna, para dicha de Yucatán y honra de la República entera, el que fué con su hermano, con mi hermano, Pastor Molina, el compañero constante de nuestro duelo; aquí tenéis á nuestro Martínez de Arredondo, que ha pasado su vida procurando el bien de todos y que podrá decir, al trasponer el lindero final, lo que decía Pericles al morir: «no se ha vertido por causa mía una lágrima sola;» aquí acabáis de escuchar la voz de harpa que ha llenado la atmósfera en que respiran dos generaciones mexicanas, con la ardiente y quejumbrosa música que parece formada por el rumor de los ósculos divinos de lo sensual y lo ideal, la voz de Peón Contreras, eco de las deliciosamente tristes endechas con que el poeta, encantador efebo como Sófocles al día siguiente de Salamina, saludaba la patria del lidiador vencido . . .

Y el estampido constante del cañón y el doble, prolongado días enteros, de las campanas de la Catedral y los responsos majestuosos del buen Obispo Guerra y los adioses postreros del Cura Quijano, que parecía llamar con una aldaba de oro á las puertas de la eternidad, todo ello se une y se confunde en lo más vivo de mi recuerdo con los vítores con que los estudiantes saludaban pocos días antes al maestro en su agonía, dolorosa y sublime serenata de la gloria dada por la juventud á aquél por quien se sentía amada, y en la que se descollaban los acentos entusiastas de Sánchez Mármol, de Manuel Cirerol, de Patricio Nicoli (los oigo todavía). Y en esos días y como trueno lejano, el gran rumor de los meetings políticos, llegando al lecho del moribundo y provocando en él, católico ferviente, serenas profecías en que fulguraba el porvenir de la Patria transformada por la Reforma y la Libertad, cláusulas fundamentales y perennes de su credo cívico.

*
* *

Y el que os habla, adolescente asombrado y sollozante entonces, se interrogaba lleno de indecisión ante aquel espectáculo: «y, ¿por qué todo esto, por qué este grandioso homenaje, por qué esta explosión de reverente amor? ¿qué ha hecho mi padre?» Este monumento responde al viejo la pregunta del adolescente. En un país que vivió callado; que en los tiempos coloniales se formó en silencio; que al reclamo de la primera palabra de un pensador había mostrado las aptitudes singulares de inteligencia y de afán de saber; que gracias á la más tiernamente paternal y más cruelmente imprevisora de las políticas se había conservado dividido en dos razas mortalmente enemigas, sociedad que llevaba en si misma, por ende, gérmenes fatales de disolución; en un país en que la conquista de modestísimo bienestar era la preocupación absorbente de todos los habitantes; en un país encadenado á la materia, digámoslo así, con premiosas necesidades, el Dr. Sierra, al frente de un grupo de jóvenes como él, había alzado la bandera del pensamiento y del arte, y con tanta devoción y brío, que había obligado á todos los ojos á levantarse hacia ella, y aquel pendón era un símbolo, un ideal. Y ese ideal y ese símbolo se traducían así en la conciencia de los yucatecos: «yo, pueblo, tengo un alma, puesto que puedo pensar y puedo sentir; esta historia dolorosa que hago con mis sufrimientos y mi sangre; que fué preparada en la grandeza misteriosa de los reinos muertos; que fué preparada con la influencia de la caridad ávasalladora de los hijos de San Francisco; que bordaron de aventuras románticas algunos de los gobernantes coloniales; que subrayaron de voluptuosidades de pillaje y exterminio los piratas de todas las naciones en lucha por el predominio oceánico; esa historia es digna de mí, merece contestarse, y lo mismo la de los misioneros que la de los gobernantes. Sobre esa urdimbre tejed la trama multicolor de la novela y la poesía, y hacedme gozar con mi propia vida y dadme

así la razón de vivir, de hacer esfuerzos supremos por vivir.» A esta obra contribuyó la inteligencia y patriotismo de mi padre (vosotros lo habéis dicho), y fué una obra de resurrección y de esperanza.

Desde entonces, ni la historia, ni el cuento y la novela, que la hacen saborear y amar, ha cesado su labor fecunda en la tierra yucateca. A las páginas mudas de sus ruinas soberanas, se añadieron las páginas elocuentes de sus escritores, y Yucatán tuvo en el país entero la fama de engendrar hombres de inteligencia é ideal.

Desde entonces resuenan las liras; en la aurora la del gran Don Andrés Quintana, el discípulo grave del Quintana español, el contemporáneo del extraordinario historiador Zavala; luego, el romántico Alpuche.... Y aquí, aquí, porque los otros vivieron lejos de aquí, en las horas de mayor desgracia, á las profundas estrofas de Pedro Pérez respondían los gritos dolorosos de Luis Aznar y de Duque de Estrada, y desde entonces, cada vez con timbre más divino, la lira suena; justo es que haya sonado aquí.

Es justo; porque ved el efecto claro del entusiasmo de los hombres de aquella generación que empezó á pensar y cantar entre los años de 40 y 50 del pasado siglo, al compás de nuestra empeñada lucha separatista, y no se declaró vencida ni cuando el salvaje, á grandes alaridos, empujó á la raza de la civilización hacia el mar, en donde pensaba ahogarla. Aquellos hombres imprimieron carácter á la Sociedad yucateca con el crisma del amor por lo bello. Y habría de llegar un día—¡oh!, ¡si ellos lo hubieran vislumbrado siquiera!—un día en que la suerte convirtiera en rígidas estrellas de oro, los florones de púas del henequén y en que Yucatán, como una cornucopia, dejara escapar sobre el mar que lo cerca, una corriente inexhausta de riqueza y poder, y por eso, en medio de la fiebre del negocio, del afán del lucro, del vértigo del mercantilismo, de la enorme risa, trágica á veces, de la opulencia fácil, hay algo que flota insubmersible en este pueblo, el amor por lo bello y el amor por lo bueno: Dios

y el Arte, ese es el viático con que marcha al porvenir. Esa es la obra de los excelsos literatos yucatecos.

Y no diré una palabra más —yo sólo quería decir «gracias»— sobre los méritos del hombre que hoy celebráis; todo lo habéis dicho vosotros. En cuanto á mí, compatrio-

tas, os juro, por la sombra sagrada de D. Justo Sierra, que no imagino, que no adivino, cuál obra pudiera yo realizar, cuál gloria conquistar, con cuál empresa avasallar la fama, que fuese capaz de producir en mí una satisfacción semejante al orgullo santo de llevar el nombre que llevo.

JUSTO SIERRA.



VENECIA



Mr. Fallières, electo Presidente de la República Francesa.
Dibujo de de Lasques.

REVISTAS

Pocos documentos, de los que periódicamente dan á conocer al público el avance de los distintos ramos de la Administración, ofrecen tan grande interés, como la *Memoria (año fiscal de 1903 á 1904)*, que el Director General de Correos, Don Norberto Domínguez, acaba de presentar al Secretario de Comunicaciones y Obras Públicas.

Un volumen de más de seiscientas páginas en 4º, magníficamente impreso y profusamente ilustrado con fotograbados, contiene la reseña detallada y completa de la marcha seguida por el ramo de Correos, desde que México fué el árbitro de sus destinos. Siguiendo un orden enteramente lógico, en lo que atañe al sistema postal, trata ese informe: del carácter del Correo, de la legislación, de la organización, del personal, de las rutas postales, de los artículos admisibles, de las tarifas de portes y forma de pago, del carácter del franqueo, del sistema de depósito, de los útiles y medios de conducción, del sistema de transportes, del sistema de entrega, de los productos y gastos que originan la transmisión de las correspondencias y de los ramos anexos: giros de editores y giros postales.

Mediante este método, fácil es comparar las diversas prácticas de la institución en todas sus fases, y apreciar debidamente toda su importancia.

La segunda parte de la Memoria está dedicada en su mayor parte á los datos estadísticos, llamando la atención los cuadros

comparativos del movimiento del personal, de los timbres distribuidos á las oficinas de correos, de la expedición y pago de giros postales interiores, de giros postales internacionales, de los productos del correo habidos en el último quinquenio (1899-1904) y la estadística general de correspondencias.

El informe, en resumen, está hecho con extensión y prolijidad; preside en su plan un orden y un estilo de documentación, que hacen honor al Sr. Ingeniero Norberto Domínguez, y lo muestran como un Director de Correos, á todas luces, habilísimo é indefectiblemente insuperable.

Toda persona que desee conocer con exactitud el desarrollo progresivo de la Administración Postal y sus funciones, y profundizar el estudio del Correo, no tiene más que recurrir á la Memoria de referencia, y en ella encontrará todos los datos que se hallaban esparcidos en diferentes obras y que hoy se ofrecen sabiamente coleccionados en un solo volumen.

*
* *

Froilán Turcios acaba de fundar en la culta Tegucigalpa (Honduras), una diminuta revista quincenaria, de altas letras, la cual publica trabajos inéditos de los más distinguidos literatos hondureños, y reproducciones de versos y prosas de los máximos poetas universales y de los grandes cinceladores de la frase.

*
* *

De *The Mexican Magazine*, periódico mensual ilustrado que se publica en esta ciudad, son las siguientes, laudatorias, líneas:

«No obstante la sensible falta del elemento activo del altísimo poeta Amado Nervo, *Revista Moderna* sigue siendo, en manos de Jesús E. Valenzuela, la publicación literaria más culta de cuantas ven la luz en esta metrópoli.

«Su último número, correspondiente al mes de Noviembre próximo anterior, es una gallarda prueba de tal asentimiento. Tanto su texto, tan bien seleccionado, como su parte meramente artística, satisfacen el gusto más refinado. A la colaboración de algunos escritores notables, ha sucedido la de otros de no menos prestigio; y á los dibujantes Julio Ruelas y Roberto Montenegro, genialísimo aquél, y muy talentoso éste, ha venido á suplirlos el no menos original y raro Jorge Enciso, quien se da á conocer ventajosamente con un precioso dibujo lleno de sentimiento, «2 de Noviembre,» y varios finales ejecutados con maestría.»

*
* *

No puede ser mejor ni más próspera la marcha que, en el último año, ha seguido la administración pública del Estado de Michoacán, bajo el hábil gobierno del Sr. Don Aristeo Mercado, según se colige del *Informe* leído ante el trigésimo primero Congreso local, que tenemos á la vista.

En el ramo de Justicia, se ha llevado á cabo la simplificación de los Procedimientos Judiciales; en el de Gobernación, la tranquilidad y seguridad públicas se han mejorado, al grado de limitarse la criminalidad á los casos comunes, por desgracia, inevitables; la mendicidad se ha restringido muchísimo; y contra los abusos de los agentes contratistas de trabajadores, se tomaron las medidas más enérgicas.

En Instrucción Pública, se reformaron los sistemas de enseñanza, y la asistencia escolar, en el último año, fué de veinticinco mil alumnos. En el ramo de Fomento se realizaron mejoras materiales por valor de más de cincuenta mil pesos; se prolongaron las líneas telegráficas y telefónicas; se creó una Sociedad de Geografía y Estadística; se otorgó una concesión para construir un ferrocarril eléctrico entre Zamora y Tangancicuaro y se instaló una planta purificadora de las aguas de Morelia. En el de Hacienda, se hizo una recaudación de rentas que asciende á \$ 1.487,133.78 cs., que, comparada con la que se obtuvo en el año fiscal anterior (1903-1904), acusa un aumento de cerca de treinta mil pesos.

No sin razón el Presidente del Congreso, señor Lic. Salvador Cortés Rubio, dijo, contestando el discurso del señor Mercado, que su mensaje revelaba «consagración completa al estudio de las necesidades públicas, á fin de excogitar los medios más adecuados para satisfacerlas.»

*
* *

Artísticamente editado por la Imprenta «Gamboa Guzmán,» llega á nuestras manos un cuaderno en 4.º mayor conteniendo bajo el título de *Tercer Centenario de "El Quijote,"* la reseña completa de los festejos con que la Sociedad Científico-literaria, «La Arcadia,» de Mérida (Yucatán), celebró la fecha en que, hace tres centurias, apareció el divino libro del *Ingenioso Hidalgo* Don Miguel Cervantes Saavedra.

Contiene el interesante cuaderno, después de un preámbulo explicativo, la invitación programa de la fiesta, el Discurso Inaugural de Luis F. Urcelay; el poema campoamoriano, «Ilusión y Realidad,» de Mariano de las Cuevas y García; el Verdicto del Jurado calificador del certamen literario abierto por «La Arcadia;» El amor en *El Quijote,*» trabajo en prosa, por Manuel Sales Cepeda; «El Naufragio de las

Almas," composición poética de Luis Rosado Vega; "El amor en El Quijote," estudio por Manuel Rejón García; un romance, "Don Quijote de la Mancha," por José Peón Contreras; "Cervantes, evidente," trabajo en prosa de Gabino de J. Vázquez.

Exornan á todas estas piezas literarias, algunos buenos grabados, entre los que son dignos de mencionarse los que representan los cuadros vivos con que se amenizó la fiesta, y que son: «Cervantes comenzando á escribir «El Quijote,» «Don Quijote es armado caballero,» «Don Quijote ante los leones» y «Muerte de Don Quijote.»

*
* *

El Cojo Ilustrado, de Caracas, que en ninguno de sus números deja de tener una frase laudatoria ó de simple cariño para México ó nuestros escritores, trae en su sección «Revistas y Almas,» este párrafo de Fernández García, que á continuación transcribimos:

«Luis G. Urbina, célebre sólo por el encanto de sus versos, en las prosas que escribe en *El Mundo Ilustrado*, se revela un prosista exquisito, sentimental, original, que nos recuerda aquellas finas y armoniosas prosas, tan francesas y tan americanas á la vez, de Manuel Gutiérrez Nájera. La última crónica, que leemos en su periódico, es una verdadera obra maestra de prosa humorística, espiritual y sencilla. Desdeñoso de su talento, juega con él, como un felino, voluptuosamente.

«Burlándose de su alma de poeta, hace una poesía amable y triste. A través de las lágrimas del tema triste que ha escogido, se ve su sonrisa de poeta, como muchas veces entre lluvia, los hilos del Sol.

«Hace un artículo, de palabras, de finas palabras, arrojadas lentamente sobre el papel, una á una, como piedras preciosas. Las deja rodar, siguiendo el curso que ellas mismas le dan, y las palabras en un manso correr de aguas cristalinas, van reflejando diversos paisajes de alma.

«Es deliciosa esta manera de escribir, cuando no se va á fin determinado, sino que la lengua, llevada acaso por el genio misterioso que la rige, se desarrolla como libre del dominio del artista.

«Hay en ella mucho de lo inconsciente que preside á la expresión de la obra de arte. Dudo mucho de la vida de ciertas obras, cuyo plan madurado en lenguos días, sólo espera la obra material del artífice. Me explico el sistema en la arquitectura, dirigida por reglas inmutables, pero no en la literatura.

«Para la primera, son inevitables los planos preconcebidos; pero para la segunda, obra de pensamientos y de sensación, son imposibles.

«El arte literario, la creación artística y poética, es un arte inconsciente, en que el artista, entre la naturaleza y el arte, no representa sino un papel subalterno. Lo que se ha llamado inspiración no es otra cosa que el estado nervioso del artista, cuando hace su papel inconsciente entre la naturaleza y el arte á que un espíritu ha dado predilección.

L. C.



Los amigos del procónsul le aconsejaron no molestarse por un negocio tan malo.

—Me hago un deber, les respondió, de seguir á este respecto las reglas trazadas por el divino Augusto. No son solamente las grandes causas las que importa que juzgue yo mismo, sino también las pequeñas cuando la jurisprudencia no está fijada. Ciertos negocios mínimos, vienen todos los días y son importantes, al menos por su frecuencia. Conviene que juzgue yo mismo uno de cada especie. Un juicio del procónsul es ejemplar y hace ley.

—Hay que loarte, oh Galión, dijo Lolius, por el celo con que llenas tus funciones consulares. Pero conociendo tu sabiduría, dudo que te sea agradable el impartir justicia. Lo que los humanos decoran con ese nombre, no es, en realidad, más que un ministerio de baja prudencia y de venganza cruel. Las leyes humanas son hijas de la cólera y del miedo.

Galión rechazó flojamente esa máxima. No reconocía en las leyes humanas, los caracteres de la verdadera justicia.

—El castigo del crimen es el haberlo cometido. La pena que las leyes añaden, es desigual y superflua. Pero, en fin, puesto que por la falta de los hombres existen las leyes, debemos aplicarlas equitativamente.

Advirtió al oficial de la basilica, que iría dentro de algunos instantes al tribunal; luego, volviéndose hacia sus amigos:

—A decir verdad, tengo una razón particular para examinar este asunto por mis propios ojos. No debo desperdiciar ninguna ocasión de vigilar á esos Judíos de Kenocrés, raza turbulenta, llena de odios, vulneradora de las leyes, á quien no es fácil contener. Si alguna vez se turbara la paz de Corinto, por ellos sería. Ese puerto es adonde vienen á anclar todos los navíos del Oriente, oculta en un hacinamiento confuso de almacenes y de posadas, una innumerable multitud de ladrones, eunucos, adivinos, hechiceros, leprosos, violadores de sepulcros y homicidas. Es la madriguera de todas las infamias y de todas las supersticiones. Allí se venera á Isis, Eschmún, la Ve-

nus fenicia y los dioses de los Judíos. Me espanta ver á esos Judíos inmundos, multiplicarse más á la manera de los peces, que á la de los hombres. Pululan en las calles fangosas del puerto, como cangrejos entre las rocas.

—Pululan lo mismo en Roma, cosa más espantosa, exclamó Lucius Casius. Es el crimen del gran Pompeyo, haber introducido esa lepra en la Villa. Los prisioneros traídos de Judea por triunfo, y que tuvo el error de no tratar según la costumbre de los abuelos, han poblado con sus serviles crías, la margen derecha del río. Al pie del Janículo, entre las curtidurías, las triperías y los pudrideros, en esos barrios adonde afluye todo lo que hay de infamias y de horrores en el mundo, viven de los oficios más viles, descargando los chalanes llegados de Ostia, vendiendo harapos y desperdicios, cambiando cerillos por vidrios rotos. Sus mujeres van á decir la buena ventura á las casas de los ricos; sus hijos tienden la mano á los transeuntes en los bosquecillos de Egeria. Como lo has dicho, Galión, enemigos del género humano y de sí mismos, fomentan sin cesar la sedición. Hace algunos años, los partidarios de un tal Chrestus, ó Cheres-tus, levantaron entre los Judíos, sangrientos tumultos. La puerta Portese fué pasada á sangre y fuego, y César, á pesar de su longanimidad, tuvo que imponerse. Arrojó de Roma á los más sediciosos.

—Lo sé, dijo Galión. Muchos de esos expulsados vinieron á habitar Kenocrés, entre ellos un Judío y una Judía del Puente, que viven aún y ejercen algún humilde oficio. Tejen, según creo, las groseras telas de Cilicia. No he sabido nada notable entre los partidarios de Chrestus. En cuanto á Chrestus mismo, ignoro lo que le ha sucedido y si vive todavía.

—Yo lo ignoro como tú, Galión, replicó Lucius Casius, y nadie lo sabrá jamás. Esos seres viles, no llegan ni siquiera á la celebridad del crimen. Además, hay tantos esclavos con el nombre de Chrestus, que sería bien difícil discernir uno en esa multitud.

Pero es poco que los judíos promuevan tumultos en esos barrios en que su número y su clase ínfima los sustraen á toda vigilancia. Se diseminan por la Villa, se insinúan en las familias y por doquiera siembran la discordia. Van á gritar al Forum por cuenta de los agitadores que los pagan, y esos miserables extranjeros excitan á los ciudadanos á odiarse entre sí. Hemos sufrido largo tiempo su presencia en las asambleas populares, y no data de hoy el que los oradores eviten el hablar contra el sentimiento de esos miserables, por miedo á los ultrajes. Obstinados en someterse á su bárbara ley, quieren someter á los demás, y encuentran adeptos entre los asiáticos y aun entre los griegos. Y, cosa apenas creíble, y cierta, sin embargo, imponen sus usos á los latinos mismos. Hay en la Villa barrios enteros en donde todas las tiendas están cerradas el día de su Sabbat. ¡Oh vergüenza de Roma! Y mientras que corrompen á las gentes de poco valer, entre las cuales viven, sus reyes, admitidos en el palacio del César, practican sus supersticiones con insolencia, y dan á todos los ciudadanos, un ejemplo ilustre y detestable. Así, por todas partes, los judíos embeben á Italia del veneno oriental.

Anaeus Mela, que había viajado por todo el mundo romano, hizo sentir á sus amigos, lo extenso del mal de que se quejaban.

—Los judíos corrompen toda la tierra, dijo. No hay ciudad griega, casi no hay ciudad bárbara en que no se deje de trabajar el séptimo día, en que no se enciendan lámparas y no se celebren ayunos á su ejemplo, en que no se abstengan, como ellos, de comer la carne de ciertos animales.

Encontré en Alejandría un viejo judío á quien no le faltaba inteligencia, y que estaba algo versado en letras griegas. Se alegraba de los progresos de su religión en el Imperio.

«A medida que los extranjeros conocen nuestras leyes, me dijo, las encuentran amables y se someten gustosos, tanto los romanos y los griegos, como los que habitan el Continente y los moradores de las islas, las naciones occidentales y orientales, la Euro-

pa y el Asia.» Quizás ese viejo hablaba con alguna exageración. Sin embargo, se ven muchos griegos inclinados á las creencias de los judíos.

Apolodoro negó con vivacidad que así fuera.

—Griegos judaizantes, dijo, no encontraréis sino en la hez del pueblo y entre los bárbaros errantes en Grecia, como bandidos y vagabundos. Puede suceder, sin embargo, que esos sectarios hayan seducido á algunos griegos ignorantes, haciéndoles creer que en los libros hebreos se encuentran las ideas de Platón, sobre la Providencia divina. Tal es, en efecto, la mentira que se esfuerzan en propalar.

—Es un hecho, respondió Galión, que los judíos reconocen un dios único, invisible, todopoderoso, creador del mundo; pero eso no quiere decir que lo adoren con sabiduría. Publican que ese dios es el enemigo de todo lo que no es judío y que no puede sufrir en su templo, ni los simulacros de los otros dioses, ni la estatua del César, ni sus propias imágenes. Tratan de impíos á los que, con materias perecederas, se fabrican un dios á semejanza del hombre. Para que ese dios no pueda estar expresado por el mármol ni el acero, dan diversas razones, algunas de las cuales, lo confieso, son buenas y conformes á la idea que nos hacemos de la Divina Providencia. Pero qué pensar, oh querido Apolodoro, de un Dios tan enemigo de la república, para no admitir en su santuario las estatuas del Príncipe? Qué pensar de un dios que se ofende de los honores tributados á otros dioses? Y qué pensar de un pueblo que presta á sus dioses sentimientos semejantes? Los judíos ven á los dioses de los latinos, de los griegos y de los bárbaros, como dioses enemigos, y llevan la superstición hasta creer que poseen de Dios un pleno y completo conocimiento, al cual nada se puede agregar, ni nada podría quitársele.

«Lo sabéis vosotros, queridos amigos, no basta con sufrir todas las religiones, hay que honrarlas todas, creer que todas son santas, que son iguales entre ellas por la

buena fe de los que las profesan, que, como dardos lanzados de puntos diferentes hacia un mismo blanco, se juntan en el seno de Dios. Sólo esta religión, que no sufre más que á ella, no debería ser tolerada. Si creciese en medio de nuestra aprobación, devoraría á todas las demás. Qué digo? Una religión tan hosca, no es una religión, sino más bien una abligión, y ya no un lazo que une á los hombres piadosos, sino el tajo cortante de ese lazo. Es una impiedad y la más grande de todas. Pues acaso puede hacerse mayor ultraje á la divinidad, que adorarla bajo una forma particular y destinarla al mismo tiempo á la execración, bajo todas las otras formas que reviste á los ojos de los hombres? Cómo! sacrificando á Júpiter, que lleva una fanega sobre la cabeza, prohibiré á un hombre extraño que sacrifique á Júpiter, cuya cabellera, semejante á la flor del jacinto, desciende libre sobre sus espaldas, y aún me tendré por adorador de Júpiter, no siendo más que un impío? No! no! el hombre religioso, ligado á los dioses inmortales, está igualmente ligado con todos los hombres por la religión que abraza cielo y tierra. Execrable error de los judíos que se creen piadosos, no adorando más que á su dios!

—Se hacen circuncidar en su honor, dijo Anaeus Mela; para disimular esa mutilación, están obligados, cuando van á los baños públicos, de encerrar en un estuche lo que, razonablemente, no se debe ni mostrar con ostentación, ni ocultar como una ignominia. Pues es igualmente ridículo para un hombre, hacer orgullo ó vergüenza de lo que tiene de común con los demás hombres. No nos falta razón cuando tememos, queridos amigos, el progreso de los usos judíos en el Imperio. No es de temerse, sin embargo, que romanos y griegos adopten la circuncisión. No es creíble que tal uso penetre ni aun entre los bárbaros, que, sin embargo, padecerían una desgracia menor, puesto que son, en su mayoría, bastante absurdos para achacar como deshonor á un hombre, el mostrarse desnudo ante sus semejantes.

— Pienso, exclamó Lolius, que cuando

nuestra dulce Canidia, la flor de las matronas del Esquilino, envía sus hermosos esclavos á las termas, los obliga á vestir un calzón, celando á todo el mundo, hasta la vista de lo que en ellos le es más querido. Por Polux! va á ser causa de que se les crea judíos, sospecha ultrajante aun para un esclavo.

Lucius Casius prosiguió con ánimo irritado:

—Ignoro si la demencia judía invadirá el mundo entero. Pero ya es mucho que esa locura se propague entre los ignorantes, es mucho que se le sufra en el Imperio, es demasiado que se deje subsistir esa raza fétida, rebajada á todas las vergüenzas, absurda y sórdida en sus costumbres, impía y malvada en sus leyes, en execración á los dioses inmortales. El sirio obscuro corrompe á la Ciudad de Roma y esa humillación es la pena de nuestros crímenes. Hemos despreciado los usos antiguos y la buena disciplina de los abuelos. Ya no servimos á esos amos de la tierra que nos la han sometido. Quién piensa aún en los arúspices? Quién respeta á los augures? Quién venera á Mavors y á los Gemelos divinos? Oh! triste abandono de los deberes religiosos! La Italia ha repudiado á sus dioses indígenas y á sus genios tutelares. Y ya está abierta por todas partes á las supersticiones extranjeras y entregada sin defensa á la multitud impura de los sacerdotes orientales. Ay! Roma no ha conquistado al mundo sino para ser conquistada por los judíos! Y por cierto que las advertencias no nos han hecho falta. Los desbordamientos del Tiber y la escasez de los granos no son signos dudosos de la cólera divina. Cada día nos trae algún presagio funesto. Tiembla la tierra, se vela el sol, estalla el rayo en un cielo sin nubes. Los prodigios siguen á los prodigios. Hanse visto pájaros siniestros parados en la cúspide del Capitolio. Sobre la orilla etrusca, un buey ha hablado. Las mujeres han dado á luz monstruos; una voz lamentable se ha elevado en medio de los juegos del teatro. La estatua de la Victoria ha soltado las riendas de su carro.

—Los habitantes de los palacios celestes, dijo Marcos Lolius, tienen extrañas maneras de dejarse oír. Si quieren algo más de aceite ó de incienso, que lo digan claramente en lugar de expresarse por medio del rayo, las nubes, las cornejas, los bueyes, las estatuas de bronce y los niños de dos cabezas. Reconoce también, Lucius, que no hay gracia en presagiar desdichas, puesto que, según el curso natural de las cosas, no hay día que no traiga un infortunio privado ó público.

Pero Galión parecía conmovido por los dolores de Casius.

Claudius, dijo, Claudius, aunque duerme siempre, se ha alarmado por tan gran peligro. Se ha quejado al Senado; del desprecio en que han caído los antiguos usos. Espantado por el progreso de las supersticiones extranjeras, el Senado, por su consejo, ha restablecido los arúspices. Pero no son solamente las ceremonias del culto, son los corazones de los hombres los que habría que restablecer en su pureza primitiva. Romanos, volvéis á pedir vuestros dioses. La verdadera morada de los dioses en este mundo es el alma de los hombres virtuosos. Llamad á vosotros las virtudes pasadas, la simplicidad, la buena fe, el amor del bien público, y los dioses volverán al punto. Templos y altares seréis vosotros mismos.

Dijo, y despidiéndose de sus amigos, llegó á su litera, que hacía algunos instantes lo esperaba cerca del bosque de mirtos para llevarlo al tribunal.

Los demás se habían levantado, y detrás de él, dejando los jardines, marchaban á pasos lentos, bajo un doble pórtico, dispuesto de manera que se encontrara sombra á toda hora del día, y que conducía de los muros de la residencia hasta la basilica donde el procónsul administraba la justicia.

Lucius Cadius, al ir caminando, se quejaba con Mela del olvido en que habían caído las antiguas disciplinas.

Y Marcus Lolius, colocando la mano sobre un hombro de Apolodoro:

—Me parece, dijo, que ni nuestro Galión, ni Mela, ni aun Casius, han dicho por qué

odiaban tanto á los judíos. Yo creo saberlo y deseo confiártelo, querido Apolodoro. Los romanos que ofrecen á los dioses como un presente agradable un cerdo blanco, ornado de bandeletas, tienen en execración á esos judíos que se rehusan á comer puerco. No en vano los destinos mandaron al piadoso Eneas un lechón blanco en presagios. Si los dioses no hubieran cubierto de encinos los reinos salvajes de Evandro y de Turnus, Roma no sería hoy la dominadora del mundo. Las bellotas del Laciurn engordaron á los cerdos cuya carne sola ha satisfecho el hambre insaciable de los magnánimos sobrinos de Remo. Nuestros italianos cuyos cuerpos están formados de jabalíes y de puercos, se sienten ofendidos por la orgullosa abstinencia de los judíos; obstinados en rechazar como un alimento inmundo, esos gordos rebaños, gratos al viejo Caton, que nutre á los amos del universo.

Así, los cuatro, cambiando fáciles pláticas y disfrutando de la dulce sombra, llegaron á la extremidad del pórtico y vieron de pronto el Forum radiante de luz.

En aquella hora matinal estaba todo agitado por el movimiento de la sonora multitud. En medio de la plaza se levantaba una Minerva de bronce sobre un pedestal donde estaban esculpidas las Musas, y se veían á derecha é izquierda, un Mercurio y un Apolo de bronce, obra de Hermógenes de Citea. Un Neptuno de barba verde se mantenía de pie sobre un tazón. A los pies del dios arrojaba agua un delfín.

El Forum, en todas sus partes, estaba rodeado de monumentos, cuyas altas columnas y bóvedas revelaban la arquitectura romana. En frente del pórtico por el cual Mela y sus amigos habían llegado, los Propileos que coronaban dos carros dorados, limitaban la plaza pública y conducían por una escalera de mármol á la vía recta y anchurosa del Lackhée. De uno y otro lado de esas puertas heroicas, reinaban los frontones pintados de los santuarios, el Panteón y el templo de Diana de Efeso. El templo de Octavia, hermana de Augusto, dominaba el Foro y veía hacia el mar.

La basílica no estaba separada más que por una obscura callejuela. Se levantaba sobre dos pisos de arcadas, sostenidas por pilares, á los que se aplicaban medias columnas dóricas, descansando sobre base cuadrada. Se reconocía el estilo romano que imprimía su carácter á todos los demás edificios de la ciudad. No subsistía de la primera Corinto más que los restos calcinados de un viejo templo. Las arcadas inferiores de la basílica estaban abiertas y servían de tiendas á mercaderes de frutos, de legumbres, de aceite, de vino y frituras, á pajareños, joyeros, libreros y barberos. Los cambiadores se mantenían sentados tras de mesillas cubiertas de monedas de oro y de plata. Y de los huecos sombríos de esas tiendas salían gritos, risas, llamamientos, ruidos de querellas y fuertes olores. Sobre las gradas de mármol, por dondequiera, la sombra azuleaba las losas, los ociosos jugaban á los dados y á la taba, los litigantes se paseaban á lo largo con aire ansioso, los marineros buscaban gravemente los placeres á que deberían consagrar su dinero y los curiosos leían las noticias de Roma, redactadas por fútiles griegos. A esa multitud de Corintios y de extranjeros se mostraban con obstinación mendigos ciegos, jóvenes muchachos epílados y pintados, vendedores de cerillos y marinos estropeados que llevaban colgado al cuello el cuadro de su naufragio. Del techo de la basílica las palomas bajaban en bandadas sobre los grandes espacios vacíos, cubiertos de sol, y picoteaban granos entre las hendiduras de las losas calientes.

Una muchacha de doce años, morena y aterciopelada como una violeta de Zanthé, colocó en el suelo á su hermanito que no sabía andar, puso cerca de él una escudilla llena de caldo con una cuchara de madera, y le dijo:

—Comatas, come y cállate, porque si no vendrá para llevarte el caballo colorado....

Luego corrió con un óbolo en la mano hacia el vendedor de pescado que asomaba detrás de las canastas tapizadas de hierbas marinas, su faz arrugada y su pecho desnudo color de azafrán.

Mientras, una paloma, revoloteando sobre el pequeño Comatas, enredó sus patas en los cabellos del niño. Y llorando y llamando á su hermana en su auxilio, gritaba con voz ahogada por los sollozos:

—¡Yoesa! ¡Yoesa!

Pero Yoesa no lo oía. Buscaba en las canastas del viejo, entre los pescados y los mariscos, algo con que encantar la sequedad de su pan. No tomó ni un zarzal marino, ni una esmárda cuya carne es delicada, pero que cuestan mucho dinero. Se llevó en el hueco de su falda remangada, tres puñados de erizos y de espinas de mar.

Y el pequeño Comatas, con la boca abierta y bebiéndose las lágrimas, no cesaba de gritar:

—¡Yoesa! ¡Yoesa!

El pájaro de Venus no arrebató, al ejemplo del águila de Júpiter, al pequeño Comatas hacia el cielo radioso. Lo dejó en tierra, llevándose en su vuelo, entre sus patas color de rosa, tres hilos de oro de una cabellera enmarañada.

Y el niño, con las mejillas brillantadas por las lágrimas y manchadas por el polvo, apretando entre los puños su cuchara de madera, sollozaba junto á su escudilla derramada.

Anaeus Mela, seguido de sus tres amigos, había subido los escalones de la basílica. Indiferente al ruido y al movimiento de la multitud vaga, enseñaba á Casius la futura renovación del universo.

—En el día fijado por los dioses, las cosas presentes, cuyo orden y cuyo arreglo hieren nuestras miradas, serán destruidos. Los astros chocarán con los astros; todas las materias que componen la tierra, el aire y las aguas, arderán en una sola flama: Y las almas humanas, ruinas imperceptibles en la ruina universal, volverán á sus elementos primitivos. Un mundo nuevo....

—Al pronunciar estas palabras, Anaeus Mela golpeó con el pie á alguien que dormía, echado á la sombra. Era un viejo que había reunido con arte sobre su cuerpo polvoso los agujeros de su manta. Su morral, sus sandalias y su bastón yacían á su lado.

El hermano del procónsul, siempre ameno y benévolo hacia los hombres de la más humilde condición, se habría excusado, pero el hombre yacente no le dió tiempo.

—Mira mejor adonde pones el pie, bruto, le gritó, y dale una limosna al filósofo Posokarés.

—Miro un bordón y un morral, dijo el romano sonriendo; pero al filósofo no lo veo todavía.

Y como se dispusiera á arrojar á Posokarés una moneda de plata, Apolodoro le detuvo la mano.

—Abstente, Anaeus. No es un filósofo, ni siquiera es un hombre!

—Pero lo soy yo, respondió Mela, si le doy dinero y él lo es si lo recibe. Pues sólo entre todos los animales, hace el hombre esas dos cosas. Y no ves tú que por un dinero me convezco de que valgo más que él? Tu maestro enseña que quien da es mejor que quien recibe.

Posokarés tomó la moneda. Después arrojó sobre Anaeus Mela y sus compañeros groseras injurias, tratándolos de orgullosos y de libertinos, enviándolos hacia las prostitutas y los juglares que pasaban alrededor de ellos, balanceando las caderas. Después de lo cual, descubriendo hasta el ombligo su velludo cuerpo y echándose sobre el rostro los harapos de su manto, volvió á echarse cuan largo era sobre el pavimento.

—No os sentís curiosos, preguntó Lolius á sus compañeros, de oír á los Judíos exponer en el pretorio el asunto de su querrela?

Le respondieron que no sentían ningún deseo y que preferían pasearse bajo el pórtico, en espera del procónsul, que, sin duda, no tardaría en salir.

—Haré, pues, lo que vosotros, amigos, replicó Lolius. Nada interesante perdemos.

«Además, agregó, los Judíos llegados de Kenkrés para acompañar á los litigantes, no están todos en la basílica. Ved á uno, fácil de reconocer, amigos míos, por su nariz encorvada y su barba de horquilla, agitarse como la Pythia.

Y Lolius, con la vista y con el dedo, designaba á un extranjero enjuto, pobremen-

te vestido, que vociferaba bajo el pórtico en medio de una multitud burlona.

—Hombres corintios, os fiais sin razón en vuestra sabiduría, que no es más que locura. Obedecéis ciegamente los preceptos de vuestros filósofos que os enseñan la muerte y no la vida. No observáis la ley natural, y para castigaros, Dios os ha entregado á los vicios contra natura . . .

Un marinero, que se aproximó al círculo de curiosos, reconoció á este hombre, pues murmuró alzando los hombros:

—Es Stefanás, el Judío de Kenkrés, que trae alguna otra nueva extraordinaria de país de las nubes, adonde ha subido, si hemos de creerlo.

Y Stefanás instruía al pueblo:

—El cristiano está libre de la ley y de la concupiscencia. Está exento de la condenación por la misericordia de Dios, que ha enviado á su hijo único á tomar una carne de pecado para destruir al pecado. Pero vosotros no seréis libertados, sino cuando, rompiendo con la carne, viváis según el espíritu.

Los Judíos observan la ley y creen que serán salvados por sus obras. Pero la fe es la que salva y no las obras.—De qué les sirve estar circuncidados de hecho, si su corazón está incircunciso?

Hombres corintios, tened fe y seréis incorporados en la familia de Abraham.

La multitud comenzó á reír y á burlarse de aquellas palabras obscuras. Pero el Judío, con una voz hueca, profetizaba. Anunciaba una gran cólera y el fuego destructor que consumiría al mundo.

—Y esas cosas sucederán viviendo yo, clamó, y yo las veré con mis propios ojos. Ha llegado la hora de despertarnos del sueño. La noche ha pasado y el día se aproxima. Los santos serán arrebatados al cielo y perecerán los que no hayan creído en Jesús crucificado.

Después, prometiendo la resurrección de los cuerpos, invocó á Anastasis, en medio de las burlas de la turba hilara.

En estos momentos un hombre de robustos pulmones, el panadero Milón, miembro

del Senado de Corinto, que hacía algunos instantes escuchaba al Judío con impaciencia, se acercó á él, lo cogió de un brazo, y sacudiéndolo rudamente:

—Cesa, miserable, le dijo, de pronunciar palabras vanas. Todo eso no es más que cuentos de niños y simplezas propias para seducir el espíritu de las mujeres. Cómo puedes sobre la fe de tus sueños decir tantas tonterías, dejando todo lo que es bello y complaciéndote tan sólo en lo malo, sin siquiera sacar partido de tu odio? Renuncia á tus extraños fantasmas, á tus propósitos perversos, á tus obscuras profecías, por temor de que un Dios te envíe á los buitres para castigarte de tus imprecaciones contra esta ciudad y contra el imperio.

Los ciudadanos aplaudieron las palabras de Milón.

—Ha dicho verdad, exclamaron. Estos Sirios no tienen más que un deseo: quieren debilitar nuestra patria. Son los enemigos de César. Muchos cogieron del puesto de las fruterías calabazas y algarrobos, otros recogieron conchas de ostiones y las lanzaron al apóstol que vaticinaban aún. Arrojado abajo del pórtico, iba por el Foro gritando entre las rechiflas, las injurias y los golpes, cubierto de inmundicias, sangriento, medio desnudo:

—Mi maestro lo ha dicho, somos la basura del mundo. Y exaltaba de alegría.

Los muchachos lo persiguieron por el camino de Kenkrés, gritando:

—Anastasis! Anastasis!

Posokarés no dormía. Apenas los amigos del proconsul se habían alejado, cuando se levantó sobre un codo. Sentado á algunos pasos de él, la buena Yoesa rompía entre sus dientes de cachorro la concha de un marisco. El cínico la llamó é hizo brillar la pieza de plata que acababa de recibir. Después, habiendo arreglado sus harapos, calzó sus sandalias, recogió su bastón, su alforja, y bajó los escalones. Yoesa llegó á él, le quitó de las manos la alforja agujerada que colocó gravemente sobre su espalda, como para llevarla en ofrenda á la augusta Cypris, y siguió al viejo.

Apolodoro los vió que tomaban el camino de Kenkrés para llegar al cementerio de esclavos y lugar de suplicios, marcado de lejos por las nubes de buitres que revoloteaban por encima de las cruces. El filósofo y la joven conocían un matorral de matorrales siempre desierto y propicio á los juegos de Eros.

Al mirar aquello, Apolodoro, tirando á Mela por un extremo de la toga:

—Mira, le dijo. No bien ese perro ha recibido tu limosna, cuando se lleva á una niña para ahuyentarse con ella.

—Eso es, pues, respondió Mela, que di el dinero á una especie de hombre para quien el dinero es muy conveniente.

Y el pequeño Comatas, sentado sobre la losa caliente y chupándose los pulgares, reía al ver un guijarro brillando al sol.

—Por lo demás, prosiguió Mela, debes reconocer, oh Apolodoro, que la manera con que Posokarés hace el amor, no es de todas la menos filosófica. Este perro es más sabio seguramente que nuestros jóvenes libertinos del Palatino que aman entre perfumes, risas y lágrimas, con languideces y furores. . . .

A punto que hablaba, un ronco clamor se elevó en el pretorio y vino á aturdir las orejas del griego y de los tres romanos.

—Por Polux! exclamó Lolius, los querellantes á quienes juzga nuestro Galión, gritan como cargadores, y me parece que con sus gruñidos llega hasta nosotros, á través de las puertas, un relente de sudor y de cebolla.

—Nada es más verdadero, dijo Apolodoro. Pero si Posokarés fuera un filósofo y no un perro, lejos de sacrificar á la Venus de las encrucijadas, evitaría la raza toda de las mujeres y se dedicaría únicamente á un manco cuya belleza exterior no contemplaría sino como la expresión de una belleza interior más noble y más preciosa.

—El amor, prosiguió Mela, es una pasión abyecta. Turba los consejos, rompe los propósitos generosos y arroja los pensamientos más altos á los más viles cuidados. No podría habitar un espíritu sensato. Como el poeta Eurípides nos lo enseña. . . .

Mela no concluyó. Precedido de los lictores que apartaban á la multitud, el procónsul salió de la basílica y se aproximó á sus amigos.

—No he estado mucho tiempo separado de vosotros, dijo. La causa para cuyo juicio fui llamado, era de lo más insignificante y ridículo. Entrando al pretorio, lo encontré invadido por una abigarrada banda de esos Judíos que venden á los marineros, en el puerto de Kenkrés, en sórdidas tiendas, tapices, telas y menudas joyas de oro y plata. Llenaban el aire de agudos chillidos y de un salvaje olor cabrío. Me costó trabajo entender el sentido de sus palabras y me fué preciso hacer un esfuerzo para comprender que uno de esos Judíos, llamado Sóstenes, que se decía jefe de la Sinagoga, acusaba de impiedad á otro Judío, muy feo, rengo y lagañoso, llamado Pablo ó Saúl, originario de Tarcia, que ejerce desde algún tiempo en Corinto su oficio de tapicero y se ha asociado á Judíos expulsados de Roma para fabricar telas de tienda y esos vestidos cilicianos de pelo de cabra. Todos hablaban á la vez en muy mal griego. Comprendí, sin embargo, que ese Sóstenes le hacía un crimen á aquel Saúl, por haber venido á la casa en que los Judíos de Corinto tienen costumbre de reunirse cada sábado, y por haber tomado la palabra para seducir á sus correligionarios y persuadirlos de que sirvieran á su Dios, de una manera contraria á su ley. No he querido oír más. Y habiéndolos hecho callar, no sin trabajo, les dije que, si hubieran venido á quejarse á mí de alguna injusticia ó de alguna violencia de que hubieran sufrido, los habría escuchado pacientemente y con toda la atención necesaria; pero que puesto que se trataba únicamente de una querrela de palabras y de una diferencia sobre los términos de la ley, no era asunto mío y no podía ser juez en una causa de esta especie. Luego los despedí con estas palabras: «Arreglad vuestras querrelas, entre vosotros mismos, como mejor lo entendáis.»

—Qué han dicho, preguntó Casino? Se han sometido de buena gana á tan prudente fallo?

—No está en la naturaleza de los brutos, respondió el procónsul, apreciar la sabiduría. Esas gentes han acogido mi fallo con agrios murmullos de que, como lo pensaréis, no hice el menor caso. Los dejé gritando y debatiéndose al pie del tribunal. Por lo que creí ver fué el quejoso quien más golpes recibió. Si mis lictores no hubieran puesto el orden, habría quedado exánime sobre el pavimento. Esos Judíos del puerto son muy ignaros, y como la mayor parte de los ignorantes, no teniendo la facultad de sostener por razones la verdad de lo que creen, no saben discutir sino á patadas y bofetones.

Los amigos del pequeño Judío disforme y lagañoso, llamado Pablo, parecían particularmente hábiles en esa especie de controversia. Buenos Dioses! Cómo aventajaban sobre el jefe de la Sinagoga abrumándole con una granizada de golpes y aplastándolo bajo sus talones! Por lo demás, no dudo que los amigos de Sóstenes, si hubieran sido los más fuertes, habrían tratado á Pablo como los amigos de éste trataron á Sóstenes. Mela felicitó al procónsul.

—Hiciste bien, oh mi hermano, de arrojar así á tan miserables litigantes.

—Podría obrar de otra manera? replicó Galión. Cómo hubiera juzgado entre Sóstenes y Pablo, que son tan estúpidos y extravagantes uno como otro? . . . Si los he tratado con desprecio, no creáis, amigos, que haya sido porque son débiles y pobres, porque Sóstenes huele á pescado en salmuera y porque Pablo se ha gastado los dedos y el espíritu en tejer tapices y telas para tienda. Nó! Filemón y Bausis eran pobres y eran dignos de los más grandes honores. Los dioses no rehusaron sentarse á su frugal mesa. La sabiduría eleva á un esclavo por encima de su amo: qué digo? un esclavo virtuoso es superior á los dioses. Si los iguala en sabiduría, los sobrepuja por la belleza del esfuerzo. Esos Judíos no son despreciables más que porque son groseros y porque no brilla en ellos ninguna imagen de la divinidad.

A esas palabras, Marcus Lolius sonrió.